

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia — el partido de clase —, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

Nº 23
Julio 2021

Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

Detrás del cierre de Airbus está la ofensiva anti proletaria del conjunto de la burguesía española

El anuncio del cierre de la planta de Airbus en Puerto Real después de meses de movilizaciones por parte de los trabajadores es, por el momento, el último golpe que la patronal ha dado a los proletarios. De acuerdo con la información que proporciona la prensa burguesa, la factoría de Airbus Puerto Real se unificará con la factoría de El Puerto, también situada en la bahía de Cádiz pero que de hecho funciona a efectos prácticos como una subcontrata de la empresa. A estas alturas no cabe ninguna duda de que la concentración de toda la actividad productiva en una sola planta (algo que de por sí traerá despidos) es el primer paso para un ajuste de plantilla que se prevé realizar en un plazo máximo de tres años. Es más, desde la federación del metal de CGT advierten que detrás del más que probable desmantelamiento de El Puerto, vendrá el cierre de la fábrica de La Tablada (Sevilla) (1).

Este cierre, como decimos, se ha anunciado después de dos meses de movilizaciones de los trabajadores de la planta de Puerto Real, que han llegado a acampar durante varias semanas seguidas en la puerta de la fábrica y que, durante los últimos días, han llevado a cabo una huelga extendida a toda la plantilla. De hecho, durante el mes de abril los sindicatos CC.OO. y UGT llegaron a anunciar, después de

(sigue en pág. 12)

EN ESTE NÚMERO

- El comunista *Nueva edición* nos cuenta su historia a base de falsedad y confusión.
- 1º de mayo de 2021: ¿Qué lucha para el proletariado?

Capitalismo y pandemia: ¡negocios de oro llamados vacunas!

Como hemos argumentado en todos los artículos dedicados al coronavirus Sars-CoV-2, la dominación social y política de la burguesía, doblegando la ciencia a los intereses del capital, nunca ha dado prioridad a la prevención efectiva; al contrario, siempre ha aprovechado las catástrofes -ambientales y sociales- para acumular beneficios en cantidad, pasando por encima de las normas y límites legales establecidos por la misma burguesía, justificándose con el pretexto más inflado: ¡la emergencia!

Ante los terremotos, las inundaciones, los incendios y cualquier catástrofe natural, o aparentemente natural, las cuentas de los daños, los muertos, los hospitalizados y los desplazados van acompañadas de intervenciones de emergencia que tienden a amortiguar, en la contingencia, las situaciones más graves, pero que, sobre todo, abren el camino a un sinfín de negocios para toda empresa grande, mediana y pequeña que, en concreto, intervenga o esté interesada en intervenir. Basta con leer los comentarios en los medios de comunicación después de cada acontecimiento de este tipo para tener la certeza de que toda catástrofe trae consigo un número

no indiferente de aprovechados, y el primer aprovechado es precisamente el Estado burgués, esa institución que se hace pasar por un órgano que actúa por el «bien común», por encima de cualquier interés particular..., pero que tiene como tarea prioritaria, en realidad, la defensa de los intereses generales de la burguesía, de la economía capitalista y del control social para que esas desgracias no den lugar a movimientos de ira y de lucha que puedan tomar características de clase.

Con la aparición del Covid-19, en todos los países, la clase burguesa dominante se ha enfrentado a la situación con la misma visión general con la que se enfrenta a una crisis económica debida a las propias contradicciones del sistema económico capitalista y, por supuesto, a los factores de contraste entre las distintas economías «nacionales» en el mercado internacional: desplegar todos los medios financieros, políticos, administrativos en defensa de la economía nacional, taponando las situaciones más graves para que la máquina productiva y comercial siga produciendo beneficios y no se hunda en una catástrofe

(sigue en pág. 2)

León Trotsky: Las lecciones de la Comuna

Cada vez que volvemos a estudiar la historia de la Comuna descubrimos un nuevo matiz gracias a la experiencia que nos han proporcionado las luchas revolucionarias ulteriores, tanto la revolución rusa como la alemana y la húngara. La guerra franco-alemana fue una explosión sangrienta que presagiaba una inmensa carnicería mundial, la Comuna de París fue como un relámpago, el anuncio de una revolución proletaria mundial.

La Comuna nos mostró el heroísmo

de las masas obreras, su capacidad para unirse como un bloque, su virtud para sacrificarse por el futuro... Pero al mismo tiempo puso de manifiesto la incapacidad de las masas para encontrar su camino, su indecisión para dirigir el movimiento, su fatal inclinación a detenerse tras los primeros éxitos permitiendo de este modo que el enemigo se recupere y retome sus posiciones.

La Comuna llegó demasiado tarde.

(sigue en pág. 8)

Capitalismo y pandemia:

(viene de la pág. 1)

general. Por supuesto, la clase dominante burguesa tiene que demostrar que también se preocupa por las personas afectadas por el virus y la crisis, pero las verdaderas prioridades no están dictadas por la salud de los seres humanos - si este fuera el caso, la organización general de la sociedad, tanto económica como socialmente, no sería totalmente dependiente del bienestar del capital; las prioridades son, de hecho, dictadas por la producción de la ganancia capitalista y la preservación de las relaciones burguesas de producción y propiedad que subyacen a la sociedad. Luego, mucho más tarde, viene la sanidad, cuya atención, en cualquier caso, es en sí misma una partida de doble entrada: la atención se presta a cambio de dinero aunque aparezca como un servicio «gratuito», o semigratuito, porque, en realidad, se paga en su mayor parte con los impuestos que se embolsa el Estado, impuestos que pagan en su mayor parte los asalariados.

¿Con qué medios está «luchando» el Estado burgués contra la pandemia? Con los mismos medios que facilitaron la explosión de la pandemia y que reproducen otros factores de crisis social. Lo demuestra el hecho de que toda la experiencia acumulada en anteriores epidemias y pandemias, con décadas de investigación y ensayos, no ha servido para organizar una prevención eficaz y eficiente a nivel mundial, gracias a la cual se hubiera podido reducir al mínimo la propagación de los contagios y la probabilidad de muertes, sino que se ha utilizado para producir medicamentos y vacunas que, para permitir un retorno en términos de beneficio a las empresas químico-farmacéuticas propietarias de las patentes, deben venderse en cantidades ingentes. Cuantos más enfermos hay, más medicamentos se venden; cuanto mayor es el miedo a enfermar y morir de Covid-19, más se convence a la gente de que el único camino es vacunarse. Así que, al fin y al cabo, para el bien-

tar del capitalismo es necesario que una buena parte de la población enferme, y enferme a menudo, y enferme incluso de forma grave porque, de esta forma, la intervención para el tratamiento tiene una rentabilidad segura. El cinismo de la burguesía no tiene límites: para defender su privilegio de clase sabe que debe defender por cualquier medio el sistema capitalista como tal, porque es sobre su base que domina política y socialmente a toda la humanidad. Las guerras modernas lo han demostrado ampliamente, y no sólo las guerras mundiales. ¿Millones y millones de muertes para qué? Defender una patria en la que el sistema económico, social y político burgués seguirá produciendo las contradicciones y crisis que conducen a la guerra de competencia y a la guerra militar, crisis que se repiten en ciclos sucesivos cada vez con mayor agudeza y fuerza ante las cuales la salida burguesa volverá a ser la guerra de competencia y la guerra militar.

Y, mientras que los países de la periferia del imperialismo llevan mucho tiempo sacudidos por crisis económicas y guerras -desde Oriente Medio hasta Extremo Oriente, desde el norte de África hasta África Central y América Latina- provocadas y apoyadas por los países imperialistas que tienen intereses estratégicos en las distintas zonas, en los mismos países imperialistas en los que prevalece la paz, la agitación ha sido provocada por la pandemia de Covid-19 que se ha injertado en una situación de crisis económica que ya estaba presente o latente.

Si las guerras son una fuente de beneficios para toda una serie de industrias y polos económicos y financieros, lo mismo ocurre con situaciones de crisis sanitaria, y por tanto social, como la actual. Pero también ha sido la ocasión para que los estados burgueses, cada uno en su país, y especialmente en los llamados países democráticos, experimentaran una serie de intervenciones a nivel social que en situaciones de actividad capitalista normal no se hubieran podido llevar a cabo fácilmente en tan poco tiempo. La defensa de la rentabilidad de cada economía nacional ha requerido la intervención del Estado no sólo desde el punto de vista del gasto financiero, sino sobre todo del control social. Ya la última crisis económica mundial de 2008-2015 había empeorado aún más las condiciones de existencia de grandes masas proletarias no sólo en los países atrasados, sino también en los países imperialistas más fuertes; la crisis sanitaria que estalló en todo el mundo a principios de 2020, y que aún perdura, ha agudizado una crisis económica que ya estaba en marcha y ha arrojado a más masas proletarias al abismo del desempleo y la marginación, lo que inevitablemente eleva el nivel de las tensiones sociales. El control social sirve a la burguesía dominante para evi-

tar que los movimientos de ira y revuelta social provocados por la crisis económica tomen el camino de la lucha proletaria y de clases.

La salud del capital frente a la salud del hombre

Resulta que, según varias investigaciones realizadas el año pasado, el nuevo coronavirus tardó unos meses en propagarse por el mundo. Parece comprobado que ya estaba presente en China, en Wuhan y su región, desde octubre de 2019, y que desde allí se extendió con cierta rapidez a Japón, Corea, Europa y Estados Unidos, es decir, países con los que China mantiene un intenso comercio. A finales de diciembre de 2019, la OMS alarmó al mundo sobre la presencia del nuevo coronavirus que ya se había extendido de forma alarmante en la región de Wuhan (uno de los centros económicos más importantes de China y de los más conectados con el mundo); a finales de enero, la alarma se disparó en Italia y luego, entre febrero y marzo, en España, Alemania, Francia y Gran Bretaña; después, fue el turno de Estados Unidos y Brasil. El mundo aprendió rápidamente lo que significa el encierro y en qué consisten las medidas restrictivas que recuerdan a los tiempos de guerra: atrincheramiento en casa, sometimiento a medidas de «toque de queda», permisos especiales para ir al trabajo o a actividades clasificadas como esenciales, multas estratosféricas para los que desobedecen, etc. Y todo ello para «defender» a la población de la propagación del contagio y la muerte por Covid....

Por supuesto, como siempre ocurre en un régimen de competencia, mientras algunos países luchaban contra una epidemia que bloqueaba una parte importante de su actividad económica y comercial, «liberando» parte de los mercados de sus exportaciones, otros países aprovechaban este debilitamiento sustituyendo a sus competidores. Y tal fue la euforia de la burguesía que aún no se había visto fuertemente afectada por la pandemia, que sus gobernantes -para poner en marcha su propia maquinaria económica a toda velocidad- como en Gran Bretaña, Estados Unidos y Brasil, ridiculizaron a otros gobiernos que tomaban las drásticas medidas que hemos visto, para luego, ante el número cada vez mayor de contagios y, sobre todo, los miles de muertos que se vieron obligados a registrar, volver sobre sus pasos y adoptar también medidas de bloqueo.

Y así llegó el momento en que toda la burguesía proclamó la necesidad de pensar «primero» en la salud -para lo cual justificó todo tipo de restricción en la libertad de circulación de las personas (pero no de las mercancías)- y luego en la economía. Todo el mundo sabe cómo acabaron las cosas: hospitales públicos

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado

Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Enclave de Libros

C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

La Rosa del Foc

C/ Joaquim Costa 34 bj 28001 -
Barcelona

Librería Sandoval

Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

totalmente inadecuados para hacer frente a una epidemia de estas proporciones; personal hospitalario tremendamente falto de personal; hospitales carentes de oxígeno, ventiladores pulmonares, unidades de cuidados intensivos y subintensivos; falta de protección individual de cualquier tipo; médicos obligados a elegir a quién tratar y a quién dejar morir; recogida de datos sobre contagios, hospitalizaciones y muertes sistemáticamente inclinada a los intereses de las distintas facciones burguesas; difusión general, a través de todo tipo de medios de comunicación, del miedo al enemigo «invisible»; militarización de las ciudades, etc.; y, como es totalmente lógico en un régimen capitalista, la investigación científica y médica sometida a la ley del beneficio, dirigida sobre todo a la fabricación de la vacuna, o las vacunas, en la que evidentemente se han centrado desde el principio todas las máximas autoridades científicas, económicas y políticas.

La vacuna, esa es la solución... no importa después de cuántos millones de infectados y cuántos cientos de miles de muertos debido al covid o al agravamiento de enfermedades anteriores relacionado con el covid.

La larga temporada de la pandemia del Covid-19 puso en primer plano la categoría de virólogos, inmunólogos, infectólogos, científicos biomédicos, en definitiva todo el espectro de «especialistas» que fueron llamados a opinar para reforzar -como «voces de la ciencia»- las medidas restrictivas que tomaban los gobiernos, y para apoyar la campaña del miedo lanzada por todos los medios de comunicación burgueses.

Por supuesto, la llamada «comunidad científica», en su mayor parte, parecía estar unida en el apoyo a las razones de control social de cada gobierno; de hecho, a menudo insistía en que se adoptaran medidas mucho más drásticas que las establecidas de vez en cuando. Las pocas y escasas voces de virólogos que tendían a criticar los movimientos confusos y apresurados de los gobiernos, especialmente aquellos que subestimaban la letalidad de esta pandemia (considerándola de la misma manera que una gripe estacional), si bien al principio justificaban, en beneficio de la maquinaria productiva y comercial nacional, la falta de medidas restrictivas particulares, ante el aumento de los contagios y las muertes causadas por esta pandemia (no sólo murieron «pacientes», sino también médicos, personal de hospitales y personajes famosos), pronto se alinearon con toda la caterva en reforzar con «datos científicos» las decisiones gubernamentales sobre las medidas «de guerra».

Los países más ricos, en muy poco tiempo, decidieron destinar enormes sumas de dinero a esta investigación específica que, por otra parte, necesitaba un número considerable de infectados y muertos para poder examinar es-

tadísticamente cada fase del curso de la enfermedad e investigar las características del nuevo virus identificando las formas de desarrollo y propagación de la infección en los grupos humanos y las diferentes modificaciones del virus. Por lo tanto, la propagación del Sars-CoV-2 como un reguero de pólvora, justificada como el camino más corto para lograr la llamada «inmunidad de rebaño», se convirtió en la forma necesaria para recoger lo más rápidamente posible la cantidad de datos útiles para la investigación de vacunas. Los investigadores, virólogos, inmunólogos, infectólogos y demás se convirtieron en los pastores y las masas infectadas se convirtieron en el numeroso rebaño puesto a disposición de Su Majestad el Beneficio; y como ocurre en toda guerra, también en esta pandemia la gran masa de muertos estaba constituida por los proletarios, ciertamente no por la gran burguesía.

Ni que decir tiene que los gigantes químico-farmacéuticos chinos, estadounidenses, británicos, alemanes, franceses, japoneses, rusos, etc. ya se habían preparado para la posibilidad de una pandemia de estas proporciones y, por supuesto, compitieron inmediatamente para producir una vacuna con características de eficacia aceptables según los criterios de las instituciones internacionales (OMS, EMA, etc.). La ciencia burguesa estaba así llamada a demostrar el poder de la sociedad del capital, con el objetivo de mostrar al mundo que, por muy catastróficas que fueran las consecuencias de la pandemia -tanto en términos económicos como de salud humana-, organizaría un contraataque igualmente poderoso y vasto contra Covid-19. Se anunció que las vacunas estarían listas en 9, 12, 18 meses, cuando normalmente se necesitan -según los propios virólogos- varios años de investigación y pruebas antes de encontrar una vacuna que sea efectiva al menos en un 70-80%, teniendo en cuenta sin embargo que los virus, en general, se modifican con cierta rapidez precisamente para adaptarse tanto al medio en el que viven los diferentes grupos humanos que se ven afectados, como para contrarrestar las defensas inmunológicas que los humanos producen (o se inyectan) para defenderse de ellos. Por lo tanto, una vez que se encuentra una vacuna, no es seguro que cuando se inocule a una masa humana que pueda responder a la llamada «inmunidad de rebaño», su eficacia sea igual a la probada mucho antes en un grupo muy limitado de personas. Al igual que no es seguro que no cause tal daño, incluso años después, al sistema inmunológico humano como para debilitar en general la respuesta del organismo humano cuando es atacado por una enfermedad. El ejemplo del uso exagerado de antibióticos y antiinflamatorios demuestra que, en lugar de fortalecer el organismo humano, lo debilita y lo obliga a depen-

der cada vez más de medicamentos más potentes.

Por otra parte, desde que se desencadenó la epidemia de Sars-Cov-2 y luego se transformó en pandemia, se ha producido una aceleración en todo el mundo de las actividades de los poderes burgueses en el plano del control social y en el de la investigación y producción de vacunas, gracias a las cuales las clases dominantes burguesas quieren mostrar a las masas, y al proletariado en particular, que no hay crisis sanitaria ni económica que pueda hacer tambalear los cimientos de la sociedad capitalista. Demostrando, en efecto, que gracias a la sociedad capitalista y a todas sus instituciones políticas, económicas, militares, científicas, esta sociedad es capaz de responder, y «ganar», contra cualquier ataque, no importa si viene de enemigos visibles, de carne y hueso, o invisibles como los virus.

La Fundación Rockefeller y la Fundación Bill y Melinda, con sus simulaciones y sus miles de millones invertidos en investigación científica, han demostrado ampliamente que el estudio de las epidemias anteriores sirve sobre todo para la fabricación de vacunas y medicamentos que se utilizan de forma masiva en casos de epidemias graves (Ébola, VIH, Sars-CoV, etc.) o de influencias virales que se repiten regularmente cada año. Como ya sabemos, los virus con los que tiene que lidiar el hombre se dividen en dos grandes categorías: los específicamente humanos (como la viruela y la poliomielitis) y los de los animales para los que, mediante un «salto de especie» (llamado spillover), la infección animal se transmite al hombre (1), a través de una serie de «huéspedes» y, por tanto, de modificaciones de los mismos virus para adaptarse, precisamente, a los sucesivos «huéspedes» hasta llegar al ser humano.

La ciencia burguesa ha profundizado ciertamente en el estudio de los virus (y de las bacterias, priones, etc.) que atacan a los humanos y a los animales, y sigue haciéndolo, pero con una finalidad económica muy concreta: producir curas y vacunas que aseguren unos beneficios adecuados en comparación con el capital invertido en la investigación y las expectativas de las empresas implicadas y que permitan, por supuesto, interrumpir durante un tiempo, lo más breve posible, las distintas actividades económicas.

Pero hay más. La burguesía, como clase dominante, tiene un interés fundamental para el que despliega todos los medios posibles: mantener el poder político en sus propias manos, reforzándolo. Es gracias al poder político, a través de todas sus instituciones centrales y periféricas, que la burguesía capitalista sigue dominando la sociedad, manteniendo vivas las relaciones de pro-

(sigue en pág. 4)

Capitalismo y pandemia:

(viene de la pág. 3)

ducción y propiedad que la caracterizan. Este poder político se basa en el poder económico, es decir, en el poder social del capital cuyo modo de producción se basa en la explotación del trabajo asalariado y la producción mercantil. Todo lo que la sociedad humana necesita para vivir y desarrollarse pasa por las horquillas del régimen capitalista burgués: todo es una mercancía, toda actividad humana debe producir beneficios, toda relación humana se transforma en una relación mercantil, y no importa cuánto cuesta en vidas humanas el modo de vida de la sociedad burguesa y cuántos y qué daños colaterales provoca en cada ser humano. Lo importante, para la burguesía, es mantener y defender la estructura económica y social de la sociedad actual porque de ella derivan los privilegios y el poder que la convierten en la clase dominante.

El proletariado, es decir, la clase de los trabajadores asalariados que no poseen más que su propia fuerza de trabajo individual, para poder ser explotados por la burguesía de la manera que le resulte más rentable, debe poder vivir en un estado de salud tal que permita su explotación día tras día. Así, la salud física y mental del proletariado también interesa a la burguesía para que su eficiencia laboral sea adecuada a la actividad en la que se emplea. Desde que el modo de producción capitalista se impuso a los antiguos modos de producción, el número de proletarios que la burguesía ha creado, expropiando y sometiendo violentamente a las masas campesinas y artesanas a sus necesidades de producción y de poder, ha sido siempre superior al que necesitaban las manufacturas e industrias que se iban creando y extendiendo. El paro ha sido, de hecho, una constante en el capitalismo y cuanto más se desarrollaba el capitalismo, más se desarrollaba la masa de parados, hasta el punto de que, en los periodos en los que el capitalismo pasaba y pasa por sus crisis económicas de sobreproducción, se creaba y se crea al mismo tiempo una mano de obra superabundante respecto a los puestos de trabajo disponibles en las empresas; la sobreproducción de mercancías iba y va acompañada de una sobreproducción de esclavos asalariados, condenados a la miseria, al hambre y a la marginación.

La salud del capitalismo, tanto en tiempos de paz como en periodos de crisis y, lo que es peor, de guerra, está en cierto modo siempre cuestionada, porque lo que puede ser una ventaja para unos burgueses es una desventaja para otros y, en periodos de crisis económica aguda, la desventaja se extiende a vastas capas de la propia burguesía. Los recursos que posee la burguesía suelen

ser suficientes para hacer frente a los periodos de crisis económica, salvo en los momentos en que la crisis de sobreproducción es tan profunda que arruina una parte sustancial del aparato productivo y distributivo hasta el punto de hacer retroceder al conjunto de la sociedad a una fase de barbarie (véase el *Manifiesto* de Marx-Engels).

Pero el proletariado, que es por excelencia la clase de los sin reserva, de los esclavos asalariados, y que ya en los periodos de expansión económica del capitalismo está en todo caso sometido a una intensa explotación, en los periodos de crisis económica del capitalismo ve empeorar inexorable y drásticamente sus condiciones de trabajo y de vida, y es devuelto a una inseguridad general de vida de la que había esperado -engañado por las palabras de los propagandistas de la burguesía y de los oportunistas sindicales y políticos- haber salido de una vez por todas.

La mala salud del capitalismo afecta inmediatamente, con inmensos efectos negativos, a la salud de toda la masa proletaria, tanto a los proletarios que aún tienen empleo como a los que han sido expulsados del trabajo o son rechazados por él. «El obrero moderno», escribe el *Manifiesto* de Marx-Engels, «en lugar de elevarse a medida que progresa la industria, desciende cada vez más por debajo de las condiciones de su propia clase. El trabajador se empobrece y el pauperismo se desarrolla más rápidamente que la población y la riqueza». Ya en 1848 el marxismo había predicho que no sólo el presente, sino el futuro de la clase proletaria, en el desarrollo de la industria y, por tanto, del capitalismo, estaría marcado por un empeoramiento real de sus condiciones de existencia, en comparación con el progreso de la industria y, en general, de la sociedad moderna. Y el pauperismo expone a la masa proletaria, ya sometida a la fatiga física y nerviosa por la explotación capitalista y al debilitamiento físico y mental debido a la nocividad de los ambientes laborales y de los barrios de las ciudades en los que vive, a una mayor debilidad ante las más variadas enfermedades.

Por otra parte, la burguesía dominante, en función precisamente de la conservación de su propia dominación y de la gestión de las masas proletarias en las diversas esferas de la vida social, se ve obligada de alguna manera a proveer a la supervivencia de los proletarios aunque sus razones económicas le impidan darles a todos trabajo y, por tanto, salario. La burguesía, continúa el *Manifiesto*, «es incapaz de garantizar la existencia de su esclavo incluso dentro de su esclavitud [salarial], porque se ve obligada a dejar que se hunda en una situación en la que, en lugar de ser alimentado por él, se ve obligado a alimentarlo».

Y se ve obligada a alimentarlo y cuidarlo para que sobreviva, al menos du-

rante un tiempo -en tiempos de paz- lo suficiente como para dar la impresión de haber hecho realmente algo para aliviar sus desgracias, quizás a través de organismos religiosos y organizaciones de voluntariado, ya sean públicos o privados. Es evidente que estas acciones no resuelven el problema de la existencia saludable de todos los seres humanos, y esto se ve cada día, ya que las desigualdades sociales se amplían cada vez más entre los privilegiados que pueden contar con reservas privadas y la gran masa de trabajadores que dependen cada día de su vida en esta sociedad de un salario o de la caridad y la beneficencia.

¿Todo esto se debe al virus?

Las contradicciones más profundas de la sociedad burguesa no sólo se ponen de manifiesto en las crisis económicas del capitalismo. La crisis sanitaria provocada por la pandemia de Sars-CoV-2 es también atribuible a las contradicciones más profundas de la sociedad burguesa. En realidad se trata de una crisis social en la que se han combinado a nivel internacional una crisis económica ya existente y una crisis en la organización sanitaria de cada país, empeorando por los países capitalistas más avanzados. Pero a la clase burguesa dominante le interesa hacer pasar la crisis económica como una consecuencia de la pandemia, porque así intenta hacer pasar la idea de que la causa no hay que buscarla en el sistema económico y social burgués, sino en la aparición repentina de un enemigo invisible, ¡el virus!

La falta de trabajo, las quiebras, los despidos, se explican como consecuencias de una pandemia que ha puesto de rodillas a todo el aparato productivo y distributivo de cada país. Y, ante una crisis social de estas dimensiones, se levanta el gran benefactor, el Estado que de repente saca de sus arcas miles y miles de millones para gastar en poco tiempo. El Estado, de este modo, se presenta no como una fuerza de represión, como un comité empresarial de la burguesía, como un distribuidor de privilegios económicos y sociales a las castas políticas y económicas que deciden sobre el presente y el futuro de los ciudadanos, sino como un benefactor, como el gestor del «bien común», como el moderador indispensable entre los intereses de la patronal y los intereses de los trabajadores, como si se tratara de un ente neutral, sobre todo si se trata de un Estado democrático porque, en este caso, la ilusión de la soberanía popular representada por el parlamento es aún más fuerte.

Por otro lado, ¿qué otro organismo que no sea el gobierno central tiene la tarea de comprar millones de dosis de vacunas y organizar una campaña de vacunación en todo el país? Se hizo en

su momento para la poliomielitis, las paperas, la rubeola, la difteria, la varicela, el sarampión, el tétanos, la hepatitis B, etc. etc., y se vuelve a hacer hoy en día para el Sars-CoV-2. Pero, mientras se lanzan himnos a Pfizer-BioNTech que, en los países occidentales, produjeron primero la vacuna milagrosa, y a Moderna y AstraZeneca que les siguieron de cerca, presumiendo del poder de la ciencia burguesa gracias a la cual en un año pudieron producir cientos de millones de dosis para poder venderlas a todos los países que pudieran pagarlas, en China ya se habían producido tres vacunas diferentes (por Sinovac y Sinopharm) desde junio de 2020 gracias a las pruebas realizadas en el extranjero, en varios países como los Emiratos Árabes Unidos (en particular en Abu Dhabi, una ciudad especialmente interesante para este tipo de pruebas ya que en ella trabajan personas de 125 países diferentes), Egipto, Turquía, Pakistán, Indonesia, utilizando un sistema menos moderno (comparado con el basado en la biotecnología del ARNm que utilizan Pfizer, Moderna y AstraZeneca) pero basado en la biotecnología de los «virus inactivados», que ya está en desuso, como la vacuna contra el ébola. Otra biotecnología para producir vacunas antivirales y, en este caso, anti-Covid-19, es la utilizada en Rusia para el Sputnik V, para cuya producción se utilizó una biotecnología llamada «vector viral» (2). Está claro que no existe una única manera de producir vacunas antivirales y que su producción puede basarse en diferentes biotecnologías que conducen a resultados más o menos eficaces y en más o menos tiempo. Por supuesto, estamos en una sociedad capitalista y ante esta súbita emergencia sanitaria, además a nivel mundial, al desencadenamiento de la competencia entre las distintas empresas químico-farmacéuticas, los distintos institutos de investigación y las distintas empresas productoras de estructuras biotecnológicas, se suma la competencia entre los Estados por defender los intereses de sus respectivas economías nacionales. Como ya se ha dicho, el Estado que primero consiga contener la propagación interna del coronavirus, desarrollar la producción de vacunas capaces de vencer las consecuencias más graves de la pandemia en meses y no en años y, por tanto, reiniciar su propia máquina productiva a toda velocidad, es el que lleva ventaja sobre todos los demás. Y China, en este caso, gracias también a un régimen político que ha hecho alarde de control social y que ha permitido la aplicación de medidas restrictivas verdaderamente bélicas, ha podido, según noticias confirmadas por fuentes occidentales, volver a poner en marcha su economía a partir de mediados de 2020, aunque no haya podido contar con la cantidad excepcional de tráfico comercial internacional que acostumbra, dadas las dificultades objetivas

de distribución generalizada de las mercancías que llegan a los grandes centros de almacenamiento y el cierre de las fronteras de muchos países debido a la propagación del coronavirus.

Estados Unidos, primero incluso en la usura hacia los países más débiles

Ya se sabe que el país en el que los institutos de estadística han registrado una masacre es Estados Unidos de América: más de 500.000 muertos por Covid o con Covid, una cifra superior, según los propios institutos, a la suma de los soldados estadounidenses que murieron en el último siglo en tres guerras (las dos guerras mundiales y la de Vietnam). Por supuesto, la culpa de estas muertes se ha atribuido, en un primer momento, a este coronavirus, un enemigo «invisible», y a China, que lo habría dejado libre para que se extendiera por todo el mundo, y después al ex presidente Trump y su entorno porque habrían asumido el peligro de la pandemia en secreto y no se habrían molestado en intervenir inmediatamente con las medidas restrictivas que, en cambio, se han aplicado en China y Europa. En realidad, al demócrata Biden y a la nueva Administración Federal les resulta muy cómodo echar toda la culpa de esta catástrofe sanitaria y económica al republicano Trump -que, por supuesto, no es inocente-, pero el juego político de ambos se basa principalmente en los intereses económicos y financieros de los lobbies que les apoyaron y que, casualmente, no estaban por cierto en contra de apoyar la investigación para que las empresas químico-farmacéuticas estadounidenses se beneficiaran de ella. De hecho, no es casualidad que Antony Fauci, un famoso inmunólogo neoyorquino que investiga el sida, haya sido nombrado por Trump, como asesor de salud de la Casa Blanca, para dirigir el grupo de trabajo para hacer frente a la emergencia del Covid-19, y haya sido confirmado por el nuevo presidente Biden en el mismo puesto. Pero el Sr. Fauci, como director del Instituto Nacional de Alergias y Enfermedades Infecciosas, tiene vínculos muy fuertes con las principales empresas farmacéuticas de Estados Unidos, en particular Moderna y Pfizer, que son -¡qué vamos a saber! - las dos grandes empresas farmacéuticas que compiten por ser las primeras en producir las tan necesarias vacunas contra el cólera. Aunque las pruebas realizadas en macacos y voluntarios humanos se hicieron rápidamente y en muestras relativamente pequeñas, en noviembre de 2020, durante una conferencia de prensa en la Casa Blanca, Fauci tranquilizó al mundo al afirmar que las vacunaciones en Estados Unidos podrían comenzar a mediados de diciembre y que «las vacunas de Moderna y Pfizer son muy

eficaces», al 95%, para prevenir las formas más graves de Covid», admitiendo, sin embargo, que sobre esta eficacia había «señales contradictorias desde Washington», pero garantizando que «en Estados Unidos como en Italia, el proceso para determinar la eficacia y seguridad de las vacunas es independiente y transparente». ¿Independiente de quién? ¿Del Estado, de las grandes farmacéuticas, de los intereses privados? No se sabe... ¿y transparente para quién? ¿Para la gente de a pie, para los vacunantes, las instituciones, la llamada «comunidad científica»? (3). La palabra transparencia es una de las que de por sí debería despertar plena confianza en quienes la utilizan..., pero ¿cuándo los intereses privados de los trusts capitalistas, y de las Big Pharma que forman parte de ellos, han sido alguna vez transparentes y de dominio público? Ocurre, sin embargo, que algún grupo de periodistas-investigadores consigue descubrir algunos malos tratos o negociaciones sucias que desmienten descaradamente la llamada transparencia. Y este es precisamente el caso de Pfizer; una investigación realizada por un equipo de periodistas de investigación (4) ha demostrado que Pfizer ha impuesto condiciones de usura a los gobiernos de muchos países de América Latina y el Caribe para el suministro de su vacuna. Algunos, como Argentina y Brasil, las rechazaron, pero otros 9 las aceptaron. ¿Qué hay de la transparencia con la que una de las mayores empresas farmacéuticas del mundo negocia sus productos en una situación de emergencia como la actual? Lo que destaca no es sólo el odioso chantaje que los trusts utilizan para imponer a los países más débiles, sino el hecho de que condiciones chantajistas como éstas son su costumbre. Y no debería sorprendernos si, un día, las vacunas que se han producido tan rápidamente en grandes cantidades resultan ser ineficaces, si no directamente perjudiciales. El capital está interesado sobre todo en su propia valorización, desde el origen de este proceso mediante la explotación del trabajo asalariado hasta su objetivo final en la venta de los productos de los que es el dueño absoluto. Cualquier cosa negativa o desastrosa que ocurra en el camino entre su inversión y su beneficio o ingreso es simplemente un daño colateral.

El poder político burgués se concentra en el Estado central, y el Estado es un instrumento de dominación burguesa de la sociedad, como lo demuestra la pandemia de Covid-19.

Si la pandemia fue provocada deliberadamente por los laboratorios químico-farmacéuticos de Wuhan, donde también se ensayan instrumentos para la guerra bioquímica, y en la que también están implicados los estadounidenses, y en este caso el señor Antony Fauci, o

(sigue en pág. 6)

Capitalismo y pandemia:

(viene de la pág. 5)

si fue causada accidentalmente por uno de los muchos virus que cohabitan con el hombre en este mismo planeta y cuya propagación fue facilitada por el cinismo congénito de los capitalismos nacionales y privados empeñados en acumular beneficios a cualquier precio, el hecho es que el capitalismo como sistema económico y social se fortalece acumulando mano de obra muerta que explota la mano de obra viva, y se fortalece concentrando el poder económico y político en verdaderos monstruos estatales cuya tarea es defender al imperialismo nacional de sus competidores, pero que al mismo tiempo están al servicio de los monstruos capitalistas que dominan el mercado mundial.

El proletariado o lucha o muere

El proletariado de todos los países, y con mayor razón el de los países imperialistas más fuertes en los que se han desarrollado los mayores trusts del mundo, no tiene ningún interés social, político o económico que compartir con los capitalistas, y mucho menos con su Estado. Aunque pueda ser tratado económicamente mejor que los proletarios de los países más débiles o atrasados, su destino, y su condena, es la de seguir siendo un esclavo toda su vida, un esclavo del trabajo asalariado que puede perder en cualquier momento, un esclavo de la precariedad y la inseguridad de la vida debido no sólo al desempleo repentino sino a una existencia siempre al borde de la miseria, el hambre, la marginación, las lesiones y la muerte.

Aunque ha sido privilegiado con respecto a los proletarios de los países más débiles dominados por el imperialismo, gracias a una serie de amortiguadores sociales que lo protegen formalmente de las dificultades causadas por las crisis económicas, las enfermedades o los accidentes, el proletariado de los países imperialistas ha pagado y paga estas «garantías» renunciando a la defensa real de sus intereses de clase, por la colaboración de clase con sus explotadores, por la complicidad en el desencadenamiento de una competencia cada vez más odiosa entre los esclavos y no sólo contra los proletarios de los países dominados por el imperialismo -inmigrantes o no-, sino también entre los proletarios del mismo país. La formación de un estrato especialmente privilegiado de la clase obrera, que los marxistas han llamado aristocracia obrera, es hija de la política burguesa de división del proletariado y de competencia entre proletarios.

Divide y vencerás, esto no sólo era cierto para los antiguos romanos: siempre es cierto, y la burguesía gobernante

implementa esta política tanto contra las facciones burguesas de la misma nación que obstaculizan los negocios de las facciones industriales y financieras más fuertes, como contra las burguesías extranjeras que compiten por los mercados aún no conquistados, y contra el proletariado, que es la única clase que históricamente ha demostrado no sólo que puede hacerle frente en la lucha social, sino que puede vencerlo en el frente de la guerra de clases, desencadenando contra él su revolución de clase, la revolución proletaria y socialista.

Pues bien, incluso la burguesía ha sacado sus lecciones de las luchas y revoluciones proletarias del pasado: Ha comprendido que el sindicato de clase puede convertirse en un arma mortífera en manos del partido revolucionario de clase, porque este partido puede influir decisivamente en él; sabe que puede afrontar con éxito las luchas económicas del proletariado, incluso las más duras y violentas, si estas luchas se mantienen en el terreno inmediato y no desafían la estructura económica del capitalismo; ha comprendido que la lucha económica del proletariado, en ciertos momentos cruciales de la historia, puede constituir la base de la lucha política de clase y, por tanto, puede dar al partido de clase la posibilidad de preparar y dirigir a las grandes masas proletarias a la revolución para la conquista del poder político. Sucedió de manera ejemplar en 1917 -durante la Guerra Mundial, por lo tanto en un período en el que la burguesía había logrado regimenter al proletariado en defensa de sus intereses nacionales e imperialistas, y en el que la ley militar estaba vigente en toda la sociedad- en un país además tan atrasado como Rusia; podía ocurrir en Alemania, un país mucho más avanzado que Rusia, donde el proletariado había demostrado ampliamente, de 1915 a 1923, durante 8 años seguidos, actuar con un excepcional impulso de clase que fue trágicamente desviado y paralizado por las fuerzas oportunistas y colaboracionistas de la socialdemocracia; y podía ocurrir en Italia, donde el combativo proletariado industrial y obrero podía contar con un partido de clase sólidamente constituido sobre la base del marxismo revolucionario como era el partido bolchevique de Lenin.

La lección extraída por la burguesía, en Italia, donde tomó el nombre de fascismo, y en Alemania, donde tomó el nombre de nazismo, se concretó esencialmente en dos políticas complementarias: la represión del movimiento proletario, protegida y ayudada por las fuerzas militares de los respectivos estados, y la posterior colaboración entre clases mediante la cual atraer a las grandes masas proletarias al terreno de la defensa de la economía nacional dando a cambio toda una serie de medidas económicas y sociales destinadas a acallar sus necesidades elementales más inmedia-

tas, los famosos amortiguadores sociales. En Rusia, una vez contaminada y desviada la política comunista de Lenin con ingredientes oportunistas de todo tipo, la misma política de represión del movimiento de clase proletario y de colaboración de clases tomó el nombre de estalinismo, con una ventaja para la burguesía no sólo en Rusia, sino en todo el mundo, constituida por la falsificación sistemática de toda posición y todo planteamiento político y teórico que consistía en etiquetar como socialistas y comunistas todos los movimientos políticos, sociales, económicos y militares de carácter burgués y capitalista. Así, el verdadero objetivo de la burguesía, en todos los países, se convirtió en un control social cada vez más estrecho del proletariado, tratando así de impedir que éste aprovechara las inevitables crisis económicas y sociales del capitalismo para conducir su lucha ya no en el terreno de la conciliación de clases, sino en el del antagonismo de clase abierto y declarado.

La pandemia de Covid-19 ha dado a las burguesías del mundo una nueva oportunidad para reforzar tanto la colaboración interclasista -en la que sobresalen como siempre los sindicatos y organizaciones políticas oportunistas- bajo la bandera de la unidad nacional, como el control social facilitado aún más por el miedo a infectarse y morir de Covid-19.

La campaña de vacunación, por tanto, además de engrosar las arcas de las empresas farmacéuticas y de todo el aparato utilizado para producir, envasar, transportar e inocular la vacuna, va en la dirección de la sumisión completa y pacífica de la población, y del proletariado en particular, a los dictados del capitalismo.

Un control social que será aún más necesario para cada burguesía nacional para enfrentar no sólo las próximas crisis económicas -que llegarán inexorablemente y de las que la misma burguesía teme su llegada- sino también los contrastes a nivel internacional que los imperialismos más fuertes han comenzado a señalar como lo demuestran los movimientos, aunque aún contradictorios, de Washington, Londres, Berlín, Pekín, Moscú, París.

Más allá del suministro de vacunas en los distintos países, por las cantidades contratadas, y más allá de las condiciones de chantaje que han impuesto las empresas farmacéuticas, queda la indicación general por parte de los Estados de la no obligatoriedad de la vacunación. Pero esta indicación no es en sí misma una «libre elección» para todos aquellos que no tienen intención de vacunar porque temen los daños colaterales, porque no quieren promover la regimentación generalizada o porque se oponen ideológicamente a las vacunas como tales. Además de la fortísima presión para la vacunación -no importa con

qué vacuna.... - por todos los medios de comunicación, institucionales y privados, además de la obligación moral de vacunación para todo el personal sanitario de todos los rangos, la policía, los transportes públicos, las escuelas, etc., está también la indicación por parte de las asociaciones de empresarios de la vacunación en todos los lugares de trabajo por lo que los jefes pueden prácticamente obligar a cada empleado a demostrar estar vacunado con el pretexto de no contagiar a los demás. La vacuna se convierte así no sólo en la solución milagrosa contra la propagación del coronavirus y la alta probabilidad de infección, enfermedad y/o muerte, sino en el medio para doblegar a pueblos enteros a los *diktats* de los poderes burgueses.

Los proletarios se enfrentan así a problemas realmente complicados, no sólo en el plano de la defensa de sus intereses económicos inmediatos, sino también en el de la defensa de los derechos políticos elementales conquistados a lo largo de décadas: el derecho a reunirse, a organizarse al margen del aparato institucionalizado, a manifestar públicamente y en la calle sus reivindicaciones, el derecho a la aclamada «libre elección», el derecho a decidir individualmente sobre su propia vida, etc. Esta intrincada trampa que la burguesía está preparando para impedir que el proletariado se mueva y luche en su propio terreno y por sus propias reivindicaciones, es un objetivo facilitado precisamente por esa colaboración de clases que durante décadas todas las fuerzas oportunistas y de conservación social han ayudado a organizar y consolidar, demostrando, si es que alguna vez fue necesario, ser la mano larga de la burguesía dominante en las filas proletarias.

Ciertamente, no serán la carta constitucional y los derechos sancionados por las leyes burguesas los que podrán representar las reivindicaciones de los trabajadores; la propia burguesía -con el pretexto de una emergencia que durará años, como dicen los virólogos de todo el mundo- es la primera en despreciar sus propias leyes; lo hace siempre que sus negocios, sus beneficios, están en peligro, y mucho más cuando una emergencia social como la actual le da la ocasión de tranquilizar su conciencia y hacer propaganda de que debe hacerlo por el «bien común». Los proletarios han sido sumidos en la condición de sumisión total a las exigencias de los intereses inmediatos y futuros de la burguesía. De este abismo, si no quieren vivir y morir como esclavos, deben salir, y para ello deben necesariamente romper los lazos que los mantienen encadenados al destino de la economía y los poderes burgueses. Tendrán que encontrar la fuerza en las propias condiciones de esclavitud brutal en las que están sumidos, sabiendo que aunque sólo sea para luchar en el terreno democrático burgués

tendrán que utilizar la fuerza, la fuerza de su posición en las relaciones de producción: sin explotación de su fuerza de trabajo no hay valorización del capital, y los burgueses no pueden embolsarse los beneficios a los que han comprometido su capital. Los capitalistas golpean a los proletarios en su punto más débil: el salario, porque sin salario no se puede comprar nada y no se puede vivir en esta sociedad. Los proletarios también deben golpear a los capitalistas en su punto más débil: la producción de plusvalía, y por tanto de beneficio. Y como la burguesía no se limita a golpear a los proletarios en el salario (léase también lugar de trabajo), sino que amplía el horizonte de sus objetivos a los servicios sociales y a los derechos civiles, los proletarios deben extender su lucha, incluso a partir de la empresa donde trabajan, del barrio o de la ciudad donde viven, a todas las demás categorías, a los demás barrios, a otras ciudades, implicando a los proletarios de todas las edades, de todos los sectores, de todas las nacionalidades en una lucha centrada en la defensa real de los intereses de clase, es decir, de los intereses que conciernen exclusivamente a los proletarios, sin retroceder ante la inevitable ofensiva de las fuerzas del orden y la labor desmoralizadora y divisoria de las fuerzas oportunistas. ¿Difícil? Ciertamente, muy difícil, pero es la única manera de empezar a retomar la vida y el futuro de uno en las manos.

NOTAS:

(1) Véase David Quammen, *Spillover*, Adelphi Edizioni, Milán, 2014.

(2) Se aplican diferentes tecnologías en la producción de vacunas. Damos aquí sintéticamente la explicación obtenida de las revistas especializadas. La tecnología más reciente es la llamada ARN mensajero (ARNm) que consiste en esto: en lugar de inocular el antígeno (una sustancia que, introducida en la sangre o en los tejidos, estimula la producción de anticuerpos) hacia el que se quiere inducir una respuesta inmunitaria, se inocula la secuencia genética con las instrucciones para producir el antígeno que entra en las células del individuo vacunado; El ARN mensajero, que ha entrado en las células pero no en el núcleo celular, codifica la proteína de la espiga del Sars-CoV-2 (una proteína presente en la superficie externa del virus, en forma de protuberancias como una corona, y que el virus utiliza para entrar en las células y replicarse) y permite al sistema inmunitario producir los anticuerpos específicos, entrenándolo para responder a cualquier exposición futura al virus Sars-CoV-2. Al no entrar en el núcleo celular, el ARNm no interactúa ni modifica el ADN del individuo vacunado. La vacuna inactivada se refiere a una vacuna que utiliza virus muertos mezclados con un adyuvante (hidróxido de aluminio) antes de ser inyectados en los pacientes, logrando así una respuesta inmune sin causar infección. Este tipo

de vacuna se ha utilizado para muchas de las vacunas existentes, como las del sarampión, la poliomielitis o el ébola; tiene menos eficacia que las otras, pero tiene un coste bajo y es fácilmente transportable. En cambio, la biotecnología que utiliza el vector viral emplea un virus para transportar dentro de la célula un «trozo» del patógeno cuya infección debe impedir.

(3) Cfr. www.1inkiesta.it/2020/11/fu-civ-vaccino-anti-covid-meta-dicembre/

(4) Con su investigación, The Bureau of Investigative Journalism -con sede en Londres-, en colaboración con el diario peruano Ojo Público, reveló las condiciones de verdadera usura que Pfizer quiso imponer a los gobiernos latinoamericanos y del Caribe en las negociaciones iniciadas para el suministro de sus vacunas contra el cólera.

Las condiciones impuestas por Pfizer no sólo se referían a las cláusulas que reducían la responsabilidad de la empresa sobre los posibles efectos negativos de la vacuna, sino que exigían además una compensación adicional frente a cualquier tipo de reclamación civil que los ciudadanos pudieran presentar en caso de daños debidos a la vacuna, pero Pfizer no fue suficiente todavía, y exigió, por ejemplo por parte de Argentina y Brasil, que los fondos fueran dados por los bienes inmuebles estratégicos y la riqueza soberana de sus bancos centrales. La negativa de los gobiernos de Buenos Aires y Brasilia fue evidente. Sin embargo, Pfizer ha logrado vender su vacuna a 9 países de América Latina y el Caribe: Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, México, Panamá, República Dominicana, Uruguay y Perú ([https://ojopublico.com\(2502/las.abusivas-exigencias-de-pfizer-con-las-vacunas-covid-19-y-www.lavocedellevoci.it/2021/02/27/pfizer-lo-strozzinaggio-in-sud-america/](https://ojopublico.com(2502/las.abusivas-exigencias-de-pfizer-con-las-vacunas-covid-19-y-www.lavocedellevoci.it/2021/02/27/pfizer-lo-strozzinaggio-in-sud-america/)).

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pingüino, 11, barrio de Pajarillos, Valladolid).

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Para Francia : Programme, BP 57428, 69347 Lyon Cedex 07

Para Suiza: La dirección está siendo modificada. Para contactar, escribid a la dirección de Lyon.

Visita el sitio del Partido

www.pcint.org

León Trotsky: las lecciones de la Comuna

(viene de la pág. 1)

Tuvo todas las posibilidades de tomar el poder el 4 de septiembre, lo que hubiera permitido al proletariado de París ponerse a la cabeza de todos los trabajadores del país en su lucha contra las fuerzas del pasado, tanto contra Bismarck como contra Thiers. Pero el poder cayó en manos de los charlatanes democráticos, los diputados de París. El proletariado parisino no tenía ni un partido ni jefes a los que hubiera estado estrechamente vinculado por anteriores luchas. Los patriotas pequeño burgueses, que se creían socialistas y buscaban el apoyo de los obreros, carecían por completo de confianza en ellos. No hacían más que socavar la confianza del proletariado en sí mismo, buscando continuamente abogados célebres, periodistas, diputados, cuyo único bagaje consistía en una docena de frases vagamente revolucionarias, para confiarles la dirección del movimiento.

La razón por la que Jules Favre, Picard, Garnier-Pagès y Cia tomaron el poder en París el 4 de septiembre es la misma que permitió a Paul-Boncour, A. Varenne, Renaudel y otros muchos hacerse durante un tiempo los amos del partido del proletariado.

Por sus simpatías, sus hábitos intelectuales y su comportamiento, los Reanaudel y los Boncour, e incluso los Longuet y Pressemane, están mucho más cerca de Jules Favre y de Jules Ferry que del proletariado revolucionario. Su fraseología socialista no es más que una máscara histórica que les permite imponerse a las masas. Y justamente porque Favre, Simon, Picard y los demás abusaron de la fraseología democrático-liberal, sus hijos y sus nietos tuvieron que recurrir a la fraseología socialista. Pero se trata de hijos y nietos dignos de sus padres, continuadores de su obra. Y cuando se trate de decidir no la composición de una camarilla ministerial sino qué clase debe tomar el poder, Renaudel, Varenne, Longuet y sus semejantes estarán en el campo de Millerand -colaborador de Gallifet, el verdugo de la Comuna... Cuando los charlatanes reaccionarios de los salones y del Parlamento se encuentran cara a cara, en la vida, con la Revolución, no la reconocen nunca.

El partido obrero -el verdadero- no es un instrumento de maniobras parlamentarias, es la experiencia acumulada y organizada del proletariado. Sólo con la ayuda del partido, que se

apoya en toda su historia pasada, que prevé teóricamente la dirección que tomarán los acontecimientos, sus etapas, y define las líneas de actuación precisas, puede el proletariado liberarse de la necesidad de recomenzar constantemente su historia: sus dudas, su indecisión, sus errores.

El proletariado de París carecía de tal partido. Los socialistas burgueses, de los que estaba llena la Comuna, elevaban los ojos al cielo esperando un milagro o una palabra profética, dudaban y, durante ese tiempo, las masas andaban a tientas, desorientadas a causa de la indecisión de unos y la franqueza de otros. El resultado fue que la Revolución estalló en medio de ellas demasiado tarde. París estaba cercado.

Pasaron seis meses antes de que el proletariado recuperase el recuerdo de las revoluciones anteriores, de sus lecciones, de los combates anteriores, de las reiteradas traiciones de la democracia, y tomara el poder.

Estos seis meses fueron una pérdida irreparable. Si en septiembre de 1870, se hubiera encontrado a la cabeza del proletariado francés el partido centralizado de la acción revolucionaria, toda la historia de Francia, y con ella toda la historia de la humanidad, hubiera tomado otra dirección.

Si el 18 de marzo el poder pasó a manos del proletariado de París, no fue porque éste se apoderase de él conscientemente, sino porque sus enemigos habían abandonado la capital.

Estos últimos iban perdiendo terreno constantemente, los obreros los despreciaban y detestaban, habían perdido la confianza de la pequeña burguesía y los grandes burgueses temían que ya no fueran capaces de defenderlos. Los soldados estaban enfrentados a sus oficiales. El gobierno huyó de París para concentrar en otra parte sus fuerzas. Entonces el proletariado se hizo el amo de la situación.

Pero no lo comprendió hasta el día siguiente. La Revolución le cayó encima sin que se lo esperase.

Este primer éxito fue una nueva fuente de pasividad. El enemigo había huido a Versalles. ¿Acaso eso no era una victoria? En esos momentos se habría podido aplastar a la banda gubernamental sin apenas efusión de sangre. En París, se habría podido detener a todos los ministros, empezando por Thiers. Nadie habría movido un dedo para defenderlos. No se hizo. No había un partido organizado centralizadamente, capaz de una visión de conjunto sobre la situación y con ór-

ganos especiales para ejecutar las decisiones.

Los restos de la infantería no querían retroceder hacia Versalles. El vínculo que ligaba oficiales y soldados era muy débil. Y si hubiera existido en París un centro dirigente de partido, habría introducido entre las tropas en retirada -puesto que había posibilidad de retirada- algunos centenares o al menos unas decenas de obreros leales, a los que se les habrían dado instrucciones para alimentar el descontento de los soldados contra los oficiales y aprovechar el primer momento psicológico favorable para liberar a la tropa de sus mandos y conducirla a París para unirse al pueblo. Habría sido fácil hacer esto, según confesaron incluso los partidarios de Thiers. Pero nadie lo pensó. No había nadie que pensara. En los grandes acontecimientos, por otra parte, tales decisiones sólo puede tomarlas un partido revolucionario que espera una revolución, se prepara, se mantiene firme, un partido que está habituado a tener una visión de conjunto y no tiene miedo a la acción.

Y precisamente el proletariado francés carecía de partido de combate.

El Comité central de la Guardia nacional era, de hecho, un Consejo de Diputados de los obreros armados y de la pequeña burguesía. Un tal Consejo elegido directamente por las masas que han entrado en el camino de la revolución, representa una excelente estructura ejecutiva. Pero al mismo tiempo, y justamente a causa de su ligazón inmediata y elemental con unas masas que se encuentran tal y como las encontró la revolución, refleja no sólo los puntos fuertes de las masas sino también sus debilidades, y refleja antes las debilidades: manifiesta indecisión, atentismo, tendencia a la inactividad tras los primeros éxitos.

El Comité central de la Guardia nacional necesitaba ser dirigido. Era indispensable disponer de una organización que encarnase la experiencia política del proletariado y estuviese presente por todas partes -no solo en el Comité central, sino en las legiones, en los batallones, en las capas más profundas del proletariado francés. Por medio de los Consejos de Diputados, -que en este caso eran órganos de la Guardia nacional- el partido habría podido estar continuamente en contacto con las masas, pulsando así su estado de ánimo; su centro dirigente habría podido lanzar diariamente una consigna que los militantes del partido habrían podido difundir entre

las masas, uniendo su pensamiento y su voluntad.

Apenas el gobierno hubo retrocedido sobre Versalles, la Guardia nacional se apresuró a declinar toda responsabilidad, precisamente cuando esta responsabilidad era enorme. El comité central imaginó elecciones «legales» a la Comuna. Entabló conversaciones con los concejales de París para cubrirse, por la derecha, con la «legalidad».

Si al mismo tiempo se hubiera preparado un violento ataque contra Versalles, las conversaciones con los ediles hubieran significado una astucia militar plenamente justificada y acorde con los objetivos. Pero en realidad, estas conversaciones se mantuvieron para intentar que un milagro evitase la lucha. Los radicales pequeño burgueses y los socialistas idealistas, respetando la «legalidad» y a las gentes que encarnaban una parcela de estado «legal», diputados, concejales, etc., esperaban, desde lo más profundo de su corazón, que Thiers se detendría respetuosamente ante el París revolucionario tan pronto como éste se hubiera dotado de una Comuna «legal».

La pasividad y la indecisión se vieron favorecidas en este caso por el principio sagrado de la federación y la autonomía. París, como podéis comprobar, no es más que una comuna entre otras. París no quiere imponerse a nadie; no lucha por la dictadura, en todo caso sería la «dictadura del ejemplo».

En resumidas cuentas, esto no fue más que una tentativa para reemplazar la revolución proletaria que se estaba desarrollando por una reforma pequeño burguesa: la autonomía comunal. La verdadera tarea revolucionaria consistía en asegurar al proletariado en el Poder en todo el país. París debía servir de base, punto de apoyo, plaza de armas. Para alcanzar este objetivo era preciso derrotar a Versalles sin pérdida de tiempo y enviar por toda Francia agitadores, organizadores, fuerzas armadas. Era necesario entrar en contacto con los simpatizantes, reafirmar a los que dudaban y quebrar la oposición de los adversarios. Pero en lugar de esta política de ofensiva y agresión, la única que podía salvar la situación, los dirigentes de París intentaron limitarse a su autonomía comunal: ellos no atacarían a los demás si éstos no les atacaban a ellos; cada ciudad debía recuperar el sagrado derecho al auto-gobierno. Este parloteo idealista -una especie de anarquismo mundano- cubría en realidad

la cobardía ante una acción revolucionaria que era preciso llevar hasta sus últimas consecuencias, pues, de otro modo, no se hubiera debido empezar...

La hostilidad a una organización centralizada -herencia del localismo y autonomismo pequeño burgués- es sin lugar a dudas el punto débil de cierta fracción del proletariado francés. Para algunos revolucionarios, la autonomía de las secciones, de los barrios, de los batallones, de las ciudades, es la suprema garantía de la verdadera acción y de la independencia individual. Pero esto no es más que un gran error que costó muy caro al proletariado francés.

Bajo la forma de «lucha contra el centralismo despótico» y contra la disciplina «asfixiante» se libra un combate por la conservación de los diversos grupos y sub-grupos de la clase obrera, por sus mezzquinos intereses, con sus pequeños líderes de barrio y sus oráculos locales. La clase obrera en su totalidad, aunque conserve la originalidad de su cultura y sus matices políticos, puede actuar con método y firmeza, sin ir a remolque de los acontecimientos y dirigiendo sus golpes mortales contra los puntos débiles del enemigo, a condición de que esté liderada, por encima de barrios, secciones y grupos, por un aparato centralizado y cohesionado por una disciplina de hierro. La tendencia hacia el particularismo, cualquiera que sea su forma, es una herencia de un pasado muerto. Cuanto antes se libere de ella el comunismo francés -comunismo socialista y comunismo sindicalista-, mejor será para la revolución proletaria.

* * *

El partido no crea la revolución a su gusto, no escoge según le convenga el momento para tomar el poder, pero interviene activamente en todas las circunstancias, pulsa en todo momento el estado de ánimo de las masas y evalúa las fuerzas del enemigo, determinando así el momento propicio para la acción definitiva. Esta es la más difícil de sus tareas. El partido no cuenta con una solución que valga para todos los casos. Necesita una teoría justa, un estrecho contacto con las masas, una acertada comprensión de la situación, una visión revolucionaria y una gran decisión. Cuando más profundamente penetra un partido revolucionario en todas las esferas de la lucha revolucionarias y cuanto más cohesionado

está en torno a un objetivo y por la disciplina, mejor y más rápidamente puede llevar a cabo su misión.

La dificultad consiste en ligar estrechamente esta organización de partido centralizado, soldado interiormente por una disciplina de hierro, con el movimiento de las masas, con sus flujos y reflujos. No se puede conquistar el poder sin una poderosa presión revolucionaria de las masas trabajadoras. Pero, en esta acción, el elemento preparatorio es inevitable. Y cuanto mejor comprenda el partido la coyuntura y el momento, mejor preparadas estarán las bases de apoyo, mejor repartidas estarán las fuerzas y sus objetivos, más seguro será el éxito y menos víctimas costará. La correlación entre una acción cuidadosamente preparada y el movimiento de masas es la tarea político-estratégica de la toma del poder.

La comparación del 18 de marzo de 1871 con el 7 de noviembre de 1917 es, desde este punto de vista, muy instructiva. En París se sufrió una absoluta falta de iniciativa para la acción por parte de los círculos dirigentes revolucionarios. El proletariado, armado por el gobierno burgués, era, de hecho, dueño de la ciudad y disponía de todos los medios materiales del poder -cañones y fusiles- pero no se dio cuenta de ello. La burguesía hizo una tentativa para arrebatar al gigante sus armas: intentó robarle al proletariado sus cañones. Pero el intento fracasó. El gobierno huyó aterrado desde París a Versalles. El campo estaba libre. Pero el proletariado no se dio cuenta de que era el amo de París más que al día siguiente. Los «jefes» iban a remolque de los acontecimientos, tomaban nota de ellos cuando ya se habían producido y hacían todo lo posible para embotar el filo revolucionario.

En Petrogrado los acontecimientos se desarrollaron de forma muy distinta. El partido caminaba firme y decidido hacia la toma del poder. Dispuso a sus hombres por doquier, reforzando todas las posiciones y aprovechando toda ocasión para ahondar la brecha entre los obreros y la guarnición de una parte y el gobierno de otra.

La manifestación armada de las jornadas de julio fue un vasto reconocimiento que hizo el partido para sondear el grado de unión entre las masas y la fuerza de resistencia del enemigo. El reconocimiento se transformó en lucha de avanzadillas. Fuimos rechazados, pero al mismo tiempo mediante la acción se estableció la conexión entre

(*sigue en pág. 10*)

León Trotsky: las lecciones de la Comuna

(viene de la pág. 9)

el partido y las más amplias masas. Durante los meses de agosto, septiembre y octubre se desarrolló un poderoso flujo revolucionario. El partido lo aprovechó y aumentó de manera considerable sus apoyos entre la clase obrera y la guarnición. Más adelante la armonía entre los preparativos de la conspiración y la acción de masas fue casi automática. El Segundo Congreso de los Soviets fue fijado para el 7 de noviembre. Toda nuestra agitación anterior debía conducir a la toma del poder por el Congreso. El golpe de Estado quedó fijado para el 7 de noviembre. Se trataba de un hecho perfectamente conocido y comprendido por el enemigo. Por ello Kerensky y sus consejeros intentaron consolidar su posición en Petrogrado, en la medida de lo posible, cara al momento decisivo. Sobre todo necesitaban sacar de la capital al segmento más revolucionario de la guarnición. Por nuestra parte nos aprovechamos de esta tentativa de Kerensky para derivar de ella un nuevo conflicto que tuvo una importancia decisiva. Acusamos abiertamente al gobierno de Kerensky -y nuestra acusación se vio después confirmada por escrito en un documento oficial- de proyectar el alejamiento de una tercera parte de la guarnición de Petrogrado, no por consideraciones de orden militar, sino por intereses contrarrevolucionarios. El conflicto hizo que estrecháramos aún más nuestras relaciones con la guarnición e implicó que esta última se planteara una tarea bien definida: apoyar el Congreso de los Soviets fijado para el 7 de noviembre. Y puesto que el gobierno insistía -aunque de forma poco enérgica- en que la guarnición fuera desplazada, con el pretexto de verificar las razones militares del proyecto gubernamental creamos en el Soviet de Petrogrado, que ya dominábamos, un Comité revolucionario de guerra.

De este modo nos dotamos de un órgano puramente militar, a la cabeza de las tropas de Petrogrado, que era realmente un instrumento legal de insurrección armada. Al mismo tiempo nombramos comisarios (Comunistas) en todas las unidades militares, almacenes, etc. La organización militar clandestina ejecutaba las tareas técnicas especiales y proporcionaba al Comité revolucionario de guerra militantes de plena confianza para las operaciones militares de importan-

cia. Lo esencial del trabajo de preparación y realización de la insurrección armada se hacía abiertamente, con un método y una naturalidad que la burguesía, con Kerensky a su cabeza, apenas se apercebía de lo que pasaba ante sus narices. En París, el proletariado sólo comprendió que era el dueño de la situación inmediatamente después de su victoria real, una victoria que, por otra parte, no había buscado conscientemente. En Petrogrado las cosas sucedieron de muy distinta forma. Nuestro partido, con el apoyo de los obreros y de la guarnición, se apoderó del poder, y la burguesía, que pasó una noche bastante tranquila, sólo se dio cuenta a la luz del día que el gobierno del país se encontraba ya en manos de sus enterradores.

En lo que concernía a la estrategia, se dieron en nuestro partido muchas divergencias de opinión.

Como es sabido, parte del Comité Central se declaró opuesta a la toma del poder pues creían que aún no había llegado el momento de actuar, que Petrogrado se encontraría aislada del resto del país, que los proletarios no contarían con el apoyo de los campesinos, etc.

Otros camaradas creían que no prestábamos suficiente importancia a los detalles del complot militar. En octubre, uno de los miembros del Comité Central exigía que se cercara el Teatro Alejandrina, sede de la Conferencia Democrática, y se proclamase la dictadura del Comité Central del Partido. Decía que con la agitación y trabajo militar preparatorios del Segundo Congreso mostrábamos nuestros planes al enemigo y le ofrecíamos así la posibilidad de prevenirse e incluso asestarnos un golpe preventivo. Pero no cabe duda de que la tentativa de un complot militar y el asedio del Teatro Alejandrina hubieran sido elementos ajenos al desarrollo de los acontecimientos que habrían provocado el desconcierto de las masas. Incluso en el Soviet de Petrogrado, en el que nuestra fracción era mayoritaria, una acción tal que se anticipara al desarrollo lógico de la lucha no hubiera sido comprendida en ese momento, sobre todo entre la guarnición, en la que aún había regimientos que dudaban y en los que no se podía confiar, principalmente la caballería. A Kerensky le hubiera resultado mucho más fácil aplastar un complot inesperado para las masas que atacar a la guarnición, y le hubiera permitido consolidarse mucho más en su posición: la defensa de su inviolabilidad en nombre del futuro Congreso de los Soviets. La mayoría del Comi-

té Central rechazó con razón el plan de asedio a la Conferencia democrática. La coyuntura había sido evaluada perfectamente: la insurrección armada, sin apenas derramamiento de sangre, triunfó precisamente el día que había sido fijado, previa y abiertamente, para la convocatoria del Segundo Congreso de los Soviets.

Sin embargo esta estrategia no puede convertirse en norma general, necesitaba unas condiciones organizadas. Nadie creía ya en la guerra contra Alemania, e incluso los soldados menos inclinados hacia la revolución no querían marchar al frente. Y aunque sólo por esta razón la guarnición entera estaba de parte de los obreros, se reafirmaba cada vez más en su decisión a medida que iban conociéndose las maquinaciones de Kerensky. Pero el estado de ánimo de la guarnición de Petrogrado tenía una causa aún más profunda en la situación del campesinado y el desarrollo de la guerra imperialista. Si la guarnición se hubiera escindido y Kerensky hubiera tenido oportunidad de apoyarse en algunos regimientos, nuestro plan hubiera fracasado. Los elementos puramente militares del complot (conspiración y gran rapidez en la acción) hubieran prevalecido. Y está claro que hubiera sido necesario escoger otro momento para la insurrección.

La Comuna tuvo también la posibilidad de apoderarse de los regimientos, incluso aquellos formados por unos campesinos que habían perdido totalmente la confianza y el aprecio por el poder y sus mandos. Sin embargo no hizo nada en este sentido. La culpa no hay que achacársela a las relaciones entre los campesinos y la clase obrera, sino a la estrategia revolucionaria.

¿Qué puede pasar en este sentido en la Europa actual? No es nada fácil preverlo. Sin embargo, teniendo en cuenta que los acontecimientos se desarrollan lentamente y que los gobiernos burgueses han aprendido bien la lección, es de prever que el proletariado tendrá que superar grandes obstáculos para ganarse la simpatía de los soldados en el momento preciso. Será preciso que la revolución lleve a cabo un ataque hábil en el momento adecuado. El deber del partido es prepararse para ello. Justamente por eso deberá conservar y acentuar su carácter de organización centralizada que dirigiendo abiertamente el movimiento revolucionario de las masas, es, al mismo tiempo, un aparato clandestino para la insurrección armada.

La cuestión de la electividad de los mandos fue uno de los motivos del con-

flicto entre la Guardia nacional y Thiers. París rehusó aceptar el mando que había designado Thiers. Varlin formuló inmediatamente la reivindicación de que todos los mandos de la Guardia nacional, sin excepción, fueran elegidos por los propios guardias nacionales. Ese fue el principal apoyo del Comité central de la Guardia nacional.

Esta cuestión debe ser considerada desde dos perspectivas: la política y la militar. Ambas están relacionadas entre sí, pero es preciso distinguirlas. La tarea política consistía en depurar la Guardia nacional de los mandos contrarrevolucionarios. El único medio para conseguirlo era la total electividad, ya que la mayoría de la Guardia nacional estaba compuesta de obreros y pequeño burgueses revolucionarios. Más aún, la divisa de electividad debía ampliarse también a la infantería. De un solo golpe Thiers se hubiera visto privado de su principal arma, la oficialidad contrarrevolucionaria. Pero para realizar este plan al proletariado le faltaba un partido, una organización que dispusiera de adeptos en todas las unidades militares. En una palabra, la electividad, en este caso, no tenía como objetivo inmediato dotar a los batallones de mandos adecuados, sino liberarlos de los mandos adictos a la burguesía. Hubiera sido como una cuña para dividir el ejército en dos partes, a lo largo de una línea de clase. Así sucedieron las cosas en Rusia en la época de Kerensky, sobre todo en vísperas de Octubre.

Pero cuando el ejército se libera del antiguo aparato de mando inevitablemente se produce un debilitamiento de la cohesión en sus filas y la disminución de su espíritu de combate. El nuevo mando elegido es a menudo bastante débil en el terreno técnico-militar y en lo tocante al mantenimiento del orden y la disciplina. De manera que cuando el ejército se libera del viejo mando contrarrevolucionario que lo oprimía, surge la cuestión de dotarle de un mando revolucionario capaz de cumplir su misión. Y este problema no puede ser resuelto por unas simples elecciones. Antes que la gran masa de soldados pudiera adquirir la suficiente experiencia para seleccionar a sus mandos la revolución sería aplastada por el enemigo, que ha aprendido a escoger sus mandos durante siglos. Los métodos de democracia informe (la simple electividad) deben ser completados, y en cierta medida reemplazados, por medidas de cooptación. La revolución debe crear una estructura compuesta de organi-

zadores experimentados, seguros, merecedores de una confianza absoluta, dotada de plenos poderes para escoger, designar y educar a los mandos. Si el particularismo y el autonomismo democrático son extremadamente peligrosos para la revolución proletaria en general, son aún diez veces más peligrosos para el ejército. Nos lo demostró el ejemplo trágico de la Comuna.

El Comité central de la Guardia nacional basaba su autoridad en la electividad democrática. Pero cuando tuvo necesidad de desplegar al máximo su iniciativa en la ofensiva, sin la dirección de un partido proletario, perdió el rumbo y se apresuró a transmitir sus poderes a los representantes de la Comuna, que necesitaba una base democrática más amplia. Y jugar a las elecciones fue un gran error en ese momento. Pero una vez celebradas las elecciones y reunida la Comuna, hubiera sido preciso que ella misma creara un órgano que concentrara el poder real y reorganizara la Guardia nacional. Y no fue así. Junto a la Comuna elegida estaba el Comité central, cuyo carácter electivo le confería una autoridad política gracias a la cual podía enfrentarse a aquélla. Al mismo tiempo se veía así privado de la energía y firmeza necesarias en las cuestiones puramente militares que, tras la organización de la Comuna, justificaban su existencia. La electividad, los métodos democráticos no son más que una de las armas de las que dispone el proletariado y su partido. La electividad no puede ser de ningún modo un fetiche, un remedio contra todos los males. Es necesario combinarla con las designaciones. El poder de la Comuna procedía de la Guardia nacional elegida. Pero una vez creada, la Comuna hubiera debido reorganizar toda la Guardia nacional con mano firme, dotarla de mandos seguros e instaurar un régimen disciplinario muy severo. La Comuna no lo hizo, privándose por ello de un poderoso centro dirigente revolucionario. Por ello fue aplastada.

Podemos hojear página por página toda la historia de la Comuna y encontraremos una sola lección: es necesaria la enérgica dirección de un partido. El proletariado francés se ha sacrificado por la Revolución como ningún otro lo ha hecho. Pero también ha sido engañado más que otros. La burguesía lo ha deslumbrado muchas veces con todos los colores del republicanism, del radicalismo, del socialismo, para cargarlo con las cadenas del capitalismo. Por medio de sus agentes, sus abogados y sus periodis-

tas, la burguesía ha planteado una gran cantidad de fórmulas democráticas, parlamentarias, autonomistas, que no son más que los grilletes con que ata los pies del proletariado e impide su avance.

El temperamento del proletariado francés es como una lava revolucionaria. Pero por ahora está recubierta con las cenizas del escepticismo, resultado de muchos engaños y desencantos. Por eso, los proletarios revolucionarios de Francia deben ser más severos con su partido y denunciar inexcusablemente toda disconformidad entre las palabras y los hechos. Los obreros franceses necesitan una organización para la acción, fuerte como el acero, con jefes controlados por las masas en cada nueva etapa del movimiento revolucionario.

¿Cuánto tiempo nos concederá la historia para prepararnos? No lo sabemos. Durante cincuenta años la burguesía francesa ha mantenido el poder en sus manos, tras haber erigido la Tercera República sobre los cadáveres de los comuneros. A los luchadores del 71 no les faltó heroísmo. Lo que les faltaba era claridad en el método y una organización dirigente centralizada. Por ello fueron derrotados. Y ha transcurrido medio siglo antes de que el proletariado francés pueda plantearse vengar la muerte de los comuneros. Pero ahora intervendrá de manera más firme, más concentrada. Los herederos de Thiers tendrán que pagar la deuda histórica, íntegramente.

**¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido!
¡Suscríbanse!**

- Il comunista -

Periódico bimestral
Precio del ejemplar: 1 •; £ 1; 5FS;

- Le prolétaire -

Periódico bimestral
Precio del ejemplar: 1 •; £ 1; 3FS.

- Programme communiste -

Revista teórica
Precio del ejemplar: 4 •; £ 3; 8FS;
América Latina.: US\$ 2; USA-Cdn:US\$ 4.

- El programa comunista -

Revista teórica
Precio del ejemplar: 3 •; £ 2; 8FS;
América Latina:US\$ 1,5; USA-CdnUS\$ 3

- El proletario -

Precio: Europa: 1,5 •; 3CHF; 1,5£;
América del Norte: US \$ 2; América
Latina: US \$ 1'5

- Proletarian -

Suplemento en inglés al «le prolétaire»
Precio del ejemplar: 1 •, £ 1, 3 CHF.

Detrás del cierre de Airbus ...

(viene de la pág. 1)

unos días de huelga, que la empresa había cedido ante las exigencias de los trabajadores y la fábrica no cerraría, algo que fue celebrado por el propio gobierno PSOE-UP. Hoy es evidente que se trataba de una estrategia encaminada a agotar y desmoralizar a los trabajadores, dado que la decisión del cierre está tomada desde mucho antes de abril, mientras que el gobierno nacional y los dos grandes sindicatos propusieron el día 21 de mayo un plan de continuidad a la empresa basado en el cierre de la planta de Puerto Real, el mantenimiento de los empleos actuales hasta 2023 y la subvención directa de la actividad productiva de la empresa por parte del Estado mediante los *Fondos de Recuperación, Transformación y Resiliencia* que la Unión Europea inyectará en España, se supone, desde el próximo otoño.

El resumen de la situación es claro: gobierno, patronal y los sindicatos mayoritarios (CC.OO. y UGT, pero también los sindicatos corporativos ATPSAe y SIPA) defienden las mismas posiciones, que son en pocas palabras las exigencias de Airbus. Su estrategia, desde un principio, ha sido demorar el anuncio del cierre, filtrando únicamente noticias de segunda mano al respecto, para agotar a los trabajadores de la empresa y reducir su capacidad de respuesta. Una vez se ha considerado que la hora del cierre definitivo había llegado, CC.OO. y UGT han ordenado parar la huelga argumentando que esta debe cesar mientras se desarrollan las negociaciones (cuando estas están liquidadas desde hace meses). Por su parte, el Estado da su colaboración garantizando una inyección de dinero para que Airbus mantenga temporalmente el volumen de empleo actual para así amortiguar el golpe que supondrán los despidos por venir, golpe que sin duda alguna, en caso de producirse de inmediato, generaría una fuerte respuesta por parte de los trabajadores.

Estos, por su parte, expresan su descontento tanto con la empresa como con los sindicatos y el gobierno que han defendido en todo momento los intereses de esta (2), pero el margen de reacción que tienen es extremadamente pequeño después de varios meses confiando en las organizaciones sindicales que el pasado día 21 cerraron el pacto con la empresa y malgastando fuerzas en una movilización que no tenía ninguna posibilidad de vencer. Únicamente el sindicato CGT con-

tinúa llamando a la huelga pero esta, si bien es seguida por una mayoría de los trabajadores de Puerto Real, únicamente continúa por el camino que ya se recorrió durante el mes de abril y que tiene como fin una derrota casi segura (3)

El modelo seguido en ese conflicto es ya típico. Las exigencias de la empresa se plantean en forma de chantaje sobre el empleo: o se cierra la fábrica o se despide a toda la plantilla de esta porque no existe volumen de trabajo que justifique mantenerla contratada. Y aunque es evidente que el cierre de la fábrica (en este caso la fusión de dos plantas) implicará despidos en un futuro, porque de lo que se trata es de eliminar capacidad instalada superflua pero también la mano de obra asociada a esta, la dilación en los despidos es planteada tanto por la empresa como por las organizaciones sindicales como una mejora, al menos como un punto que negociar. A esta situación le siguen una serie de movilizaciones, de huelgas parciales, paros de un día, etc. En cualquier caso nunca una lucha frontal contra la empresa y, aunque como en el caso de Airbus la fábrica es la cabeza de la industria regional, jamás se plantea un conflicto más allá de los límites de la factoría. Finalmente, cuando los proletarios están exhaustos después de meses de pequeños conflictos que únicamente sirven para destruir la moral de lucha porque no llevan a nada, las organizaciones sindicales presentan el mismo plan que la empresa había defendido, haciéndolo propio a excepción de algún punto secundario que es retocado y, con ello, claman que la lucha ha sido victoriosa, que la salida es la menos mala posible, y piden a los trabajadores volver a la normalidad. Por el camino, se quedan los trabajadores de las empresas auxiliares y las subcontratas que pierden sus empleos al desaparecer la empresa central. En este caso ha sido el propio Estado con el gobierno PSOE-UP a la cabeza quien, como ya sucedió en el caso de Alcoa, ha intervenido como garante de una salida claramente favorable a la empresa. Cuando en abril los sindicatos lanzaron la consigna «Airbus Puerto Real no se cierra», la experiencia permitía afirmar una cosa: se cerrará y las exigencias de la empresa se impondrán. De la misma manera, hoy, cuando gobierno, empresa y sindicatos afirman haber llegado a un acuerdo para mantener el volumen de empleo, podemos afirmar otra cosa: en tres años se habrá despedido a tantos trabajadores como la empresa considere necesarios.

Airbus, que está participada en un 4,12% de la propiedad por el Estado a

través de la Sociedad Estatal de Participaciones Industriales, tiene factorías en la Bahía de Cádiz, Albacete, Illescas y Getafe. Emplea a 12.700 trabajadores y, según la propia empresa, da trabajo a otros 20.000 trabajadores auxiliares. En los mayores centros de esta empresa, Cádiz y Getafe, los trabajadores de Airbus han sido, durante décadas, uno de los sectores más fuertes y combativos del proletariado local, capaces de arrastrar tras de sí a buena parte de los trabajadores de otras empresas. Así sucedió durante la lucha contra el juicio a los trabajadores de Airbus Getafe, después de que la policía disparase contra ellos en la huelga general de 2012, cuando gran parte de los proletarios de la industria local participaron en las movilizaciones junto a los de Airbus. O en la propia Bahía de Cádiz, donde los trabajadores de Airbus han sido capaces de encabezar, durante el pasado invierno, grandes movilizaciones contra la desindustrialización de la Bahía.

Precisamente por eso burguesía, Estado y organizaciones sindicales, son perfectamente conscientes de la dificultad y la importancia que tiene imponer el cierre de la factoría de Puerto Real. Por parte de la empresa, evidentemente, está la necesidad de cumplir con un plan de reestructuración productiva llamado a reforzarla frente a la grave crisis que afecta al conjunto del sector del metal. Por parte del Estado, como principal ariete del conjunto de la burguesía nacional, como ejemplo del conjunto de medidas anti proletarias que tendrá que imponer a partir del próximo otoño y como muestra, para el resto de la patronal, de la vía que se debe seguir: derrotados los trabajadores de Airbus, el ejemplo que cunde es, una vez más, el de la desmoralización. Para los sindicatos, especialmente para CC.OO. y UGT, lo importante es salir reforzados como correa de transmisión de los intereses de patronal y Estado, como fuerzas suficientes como para impedir una reacción obrera. Con el cierre de Airbus Puerto Real se golpea a conjunto de la clase proletaria y se lanza una advertencia sobre el futuro.

El sector del metal, a la vanguardia de la crisis y la respuesta anti proletaria

Antes de que el inicio de la pandemia diese lugar al gran *lock-out* que implicó la paralización de gran parte de la actividad productiva en todo el mundo, se empezaban a vislumbrar los primeros síntomas de una crisis económica en ciernes. Y esto especialmente en el sector del metal, donde la ralentización de la producción era más

evidente que en otros sectores y que seguramente, de no haber tenido lugar la pandemia, habría ejercido como fuerza de arrastre para el resto de sectores económicos.

Como muestra tomamos los datos del consumo mundial de acero, material de primera importancia en la producción industrial cuya evolución puede utilizarse como indicador de la salud de la economía mundial, especialmente del sector del metal [v. Gráfico adjunto].

De acuerdo a los propios economistas burgueses, la caída de los años 2017 y 2019 pese al repunte de 2018 indicaba un cambio en la tendencia ascendente iniciada con la salida de la crisis en 2013 y acabaría por dar lugar a una crisis generalizada.

La crisis causada por la pandemia, que extiende sus efectos a lo largo de 2020 y lo que llevamos de 2021, ha agudizado esta tendencia precipitando a una crisis total: en lo referido a España, la caída de la producción se ha estimado en un 30% aproximadamente y buena parte de las empresas del sector prevén que no será hasta 2022 cuando empiecen a verse los primeros síntomas de recuperación.

Dentro del sector metalúrgico, en España tiene un peso fundamental la industria automovilística en la cual este país ha tenido un peso muy relevante en términos mundiales desde los años '50 del siglo pasado. Hoy cuenta con 5 grandes empresas establecidas en el territorio nacional (Renault, Ford, Dailer-Chrysler, Peugeot y Volkswagen), que emplean a un 9% del total de la población activa y generan un 8,5% del Producto Interior Bruto.

Tradicionalmente, este sector está a la cabeza de la llamada «gestión de las relaciones laborales», es decir, siempre ha empleado los métodos más novedosos en lo referido a la utilización de la mano de obra proletaria, de su control y, por supuesto, de la represión. Estos métodos punteros han estado facilitados siempre por una defensa sin fisuras por parte del Estado de los intereses de estas empresas, hasta el punto de que buena parte de la legislación laboral (sobre todo en lo referente a los contratos temporales) se ha diseñado históricamente en función de sus intereses.

Ante la crisis, la respuesta de las empresas de este sector ha sido drástica: el 75% de las mismas ha impuesto expedientes de regulación de empleo a sus trabajadores y son uno de los principales apoyos a la extensión de la cobertura legal de estos expedientes hasta 2022 e incluso a que se vuelvan una medida definitiva dentro de la legislación laboral.

AÑO	2013	2014	2015	2016	2017	2018	2019
PRODUCCIÓN (en miles de toneladas métricas)	11.183	11.840	13.043	12.957	13.258	13.838	13.236

FUENTE: UNESID-AEAT

Por otro lado, más allá de lo que permite la legislación general, el sector de la automoción ha encabezado la ofensiva anti obrera: el cierre de Nissan Barcelona, anunciado durante la primavera de 2020 y el anuncio por parte de Ford, Renault y Volkswagen de que mantendrán los ERTes hasta después del verano (con el beneplácito de los sindicatos) muestran la fortaleza de una patronal que impone sus exigencias a los proletarios sin que estos sean capaces de reaccionar. El conjunto de los trabajadores del sector está amenazado, según reconoce la propia patronal (4) al anunciar que los niveles de producción previos a la pandemia no se recuperarán y que, por lo tanto, será necesario ajustar el volumen de empleo, a lo que se suma el *shock de los componentes*, que impide que la cadena de producción global en la que están inmersas todas y cada una de las factorías locales funcione correctamente, generando un problema de sobreproducción parcial en determinadas partes de esta, lo que agrava igualmente la situación.

El ejemplo de Nissan Barcelona debe permanecer fresco para todos los proletarios: después de recibir durante décadas subvenciones directas por parte del Estado (con las cuales costeaban la mano de obra empleada), el cierre de la fábrica fue inapelable. Las movilizaciones de los trabajadores no surtieron ningún efecto y si finalmente se logró un «plan de reindustrialización», este está todavía por llegar y de seguro que dejará un reguero de despidos definitivo considerable. Esto implica que ni el Estado ni las organizaciones sindicales van a suponer ningún obstáculo para los planes de las empresas. Pero, más allá del cierre o no de una u otra empresa, muestra que la burguesía saldrá de esta crisis cargando el peso de la recuperación en los hombros de los proletarios, a los que no piensa dejar otra opción que la de aguantar y callar. Con los movimientos que vemos en el sector de la automoción y, en general, en el del metal (ALCOA, TUBACEX, etc.) parece claro que la primera parte de la recuperación económica va a consistir en un ajuste de los márgenes de beneficio de las empresas por la vía de los despidos. Allí donde la patronal ha tenido más necesidad de este ajuste, precisamente en un sector que ya adolecía de

los primeros síntomas de sobreproducción en 2019, estos despidos se han producido de manera fulgurante, durante la vigencia del Estado de Alarma y buscando precisamente el momento de mayor debilidad de los proletarios. Especialmente llamativo ha sido el caso de los despidos y la amenaza de cierre en Tubacex, donde los trabajadores libran una huelga que dura ya 100 días y en la que se ha visto tanto la solidaridad de otros trabajadores del sector como los intentos de romper los piquetes obreros por parte de la Ertzaintza.

El conjunto de la clase burguesa está pendiente de este tipo de medidas que se toman en uno de los sectores productivos realmente esenciales. Y el conjunto de sus representantes toman partido por la defensa de sus intereses. De esta manera, vemos al gobierno (en el que las competencias de trabajo recaen en una afiliada al PCE como es Yolanda Díaz) apoyar abiertamente la ofensiva patronal, tanto en el caso de Airbus como en el resto, desarrollando una legislación laboral a medida de los intereses de los empresarios y aceptando todas las exigencias que estos le plantean. Vemos también a todos los grupos parlamentarios guardar un silencio estruendoso en torno a la inmensa cantidad de despidos que se están llevando a cabo y con él mostrar su acuerdo explícito sobre estos. Vemos, finalmente, a la inmensa mayoría de las organizaciones sindicales colocadas sobre el terreno de la más descarada colaboración con la patronal, dando un apoyo abierto a cada una de sus propuestas y fraguando con ello un panorama desolador para el conjunto de los proletarios no ya de las grandes industrias, sino sobre todo de la pequeña y mediana empresa que quedarán completamente desguarecidos ante la fuerza de la patronal.

El tortuoso camino de la lucha de clase

La sensación que a lo largo de estos meses y de los próximos cunde y cundirá entre los proletarios es de desaliento. La colaboración sin fisuras entre Estado, patronal y sindicatos en una ofensiva anti obrera que es consi-

(sigue en pág. 14)

Detrás del cierre de Airbus ...

(viene de la pág. 13)

derada de interés nacional prioritario y en la cual a los despidos de esta primera hora seguirá la imposición de unas medidas contra el proletariado similares a las de la crisis de 2008-2013, augura una situación extremadamente difícil de remontar, al menos en el corto plazo.

La clase proletaria está completamente aprisionada por los hábitos, las formas y las costumbres creados por décadas de política de colaboración con la burguesía que ni siquiera durante la anterior crisis económica llegó a romperse.

El ejemplo de Airbus es, en este sentido, muy claro. Las amenazas de cierre por parte de la empresa, que comenzaron con este año 2021, debían haber servido para mostrar la gravedad de la situación y debían haber obligado a los trabajadores del Airbus y de las auxiliares a plantear una lucha sin cuartel desde el primer momento. Pero la confianza en los sindicatos, la aceptación de la política de «defensa del puesto de trabajo» como base de la lucha (aún cuando esta defensa del puesto de trabajo siempre implica recortes salariales primero y despidos a los pocos años o meses) y por tanto de la negociación para garantizar el empleo, llevó a los trabajadores a seguir un camino errático en el cual en ningún momento se planteó una lucha abierta, sino un simple acompañamiento para la negociación. Y, por supuesto, CC.OO. y UGT, responsables de la negociación han acabado por reforzar las exigencias de la empresa dándolas por hechas. Como decíamos al comienzo, este modelo se repite una y otra vez y siempre con el mismo resultado. A la burguesía le funciona perfectamente, precisamente porque emplea el *divide y vencerás*, reforzando el papel negociador de los sindicatos mediante pequeñas concesiones que permiten mantener la ilusión de que al menos una parte de los trabajadores pueda salvarse.

Durante muchos años este esquema se ha aplicado a nivel general: mientras se garantizaba la subsistencia de franjas cada vez más estrechas de proletarios, se atacaban las condiciones de existencia del resto, logrando una gran diferencia entre estos reducidos sectores obreros con un mínimo de garantías salariales, sociales, etc. y una inmensa masa de proletarios jóvenes que sólo conocen la precariedad y la pobreza. Este sistema ha permitido durante décadas que la burguesía evite la concentración de la tensión

social en un solo momento, difiriendo los diferentes episodios de despidos, cierres, etc., a la vez que se podía permitir imponer una política de rebajas salariales y recortes en las prestaciones sociales porque ante el temor a los despidos los proletarios la aceptaban. El resultado final ha sido la conformación de una pequeña capa de proletarios, concentrados en las grandes empresas industriales y en el sector público, que han logrado mantener unas condiciones de trabajo y vida superiores a las del resto de la clase y que suponen el «apoyo» a la política colaboracionista de los sindicatos toda vez que ven en esta la única garantía de mantener este status ligeramente favorecido respecto al resto. La política de paz social defendida por los sindicatos oportunistas tiene, por lo tanto, una base sólida en este esfuerzo por dividir a los proletarios, por hacerles enfrentarse no sólo a las exigencias de la clase burguesa sino al aislamiento respecto al resto de su clase, separada en conflictos aislados en el tiempo y en el espacio.

Pero esta situación no puede mantenerse indefinidamente. En situaciones de una dureza especialmente intensa, como la vivida con la crisis económica y social que ha traído la pandemia, el tiempo y la capacidad para maniobrar como lo ha podido hacer hasta ahora la clase burguesa son más limitados. Los golpes deben volverse más intensos y ejecutarse en un periodo de tiempo menor. La clase proletaria debe prepararse para afrontar, en los próximos meses y años, una situación en la que la estrategia tradicional de modular las exigencias burguesas y permitir que Estado y sindicatos oportunistas aparezcan como garantes de un mínimo de salvación para los proletarios en paro, amenazados por despidos o por rebajas salariales, seguramente no pueda utilizarse en todos los casos. Lo vemos en el caso de Airbus, donde después de pocos meses de negociación para lo que suele suceder en este tipo de casos, sindicatos, Estado y empresa imponen conjuntamente las exigencias de esta última sin guardar siquiera las apariencias. Esto inmediatamente ha provocado un desplazamiento de la mayoría de los trabajadores al radio de influencia de CGT, que es casi siempre la extrema izquierda sindical. Pero este giro, que en el caso de Airbus ha implicado continuar con una huelga que CC.OO. y UGT han dado por terminada, no significará nada si no se va más allá y se rompe no sólo con las centrales sindicales abiertamente partidarias de la empresa sino también con la política de colaboración con la burguesía que estas han impuesto durante años. A un nivel

más amplio, esto fue lo que sucedió durante la última crisis económica: aparecieron, en bastantes empresas y sectores, puntos de ruptura con las dos centrales mayoritarias, pero estas rupturas acababan únicamente con un paso a posiciones formalmente más radicales pero que se basaban en los mismos principios de solidaridad entre clases que benefician únicamente a la burguesía.

Para ir más allá, precisamente en una situación como la actual en la cual es de prever una ofensiva burguesa en todos los terrenos, es necesario que los proletarios tomen la lucha en sus propias manos, que impongan sus intereses de clase por encima de las consignas del oportunismo político y sindical. Es necesario que planteen que entre proletarios y burgueses no puede existir una paz duradera, ni sobre el terreno político ni sobre el sindical. Y que, por lo tanto, sólo las medidas de fuerza que sean capaces de imponer pueden suponer un dique frente a las exigencias que inevitablemente querrá imponer la burguesía. Y que estas medidas de fuerza pasan precisamente por hallar la fuerza proletaria que reside en la solidaridad de clase, en la unión por encima de categorías profesionales, sexo, raza o edad. Una fuerza que es la única con la que la clase trabajadora podrá contar.

NOTAS

(1) https://www.lavozdigital.es/cadiz/provincia/lvdi-cierre-airbus-puerto-real-desata-guerra-sindical-contray-202105212001_noticia.html

(2) https://www.diariodecadiz.es/puerto-real/Puerto-Real-Airbus-UGT-CCOO-cierre-planta-puerto-CBC-Unico-polo-industrial-empleo_0_1575744623.html

(3) <http://rojoynegro.info/articulo/acci%C3%B3n-sindical/seguimiento-masivo-la-primer-jornada-huelga-cgt-convoca-airbus-puerto-real>

(4) https://cincodias.elpais.com/cincodias/2021/05/07/companias/1620417162_410819.html

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opusculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

El Comunista Nueva Edición nos cuenta su historia a base de falsedad y confusión.

El desarrollo del partido de clase no es lineal. Siendo como es producto de la sociedad capitalista y aunque como producto de esta constituya ya su negación en potencia, se ve inevitablemente constreñido por las convulsiones que caracterizan a esta sociedad y ve por lo tanto cómo su curso puede alterarse en diferentes sentidos como resultado de las fases de ascenso y descenso de la lucha de clase del proletariado, de la mayor o menor fuerza de las clases enemigas y de las victorias o derrotas que pueda sufrir en diferentes momentos históricos. Nuestra corriente definió, recurriendo a términos que ya había expuesto Marx, la relación entre el partido como organización física de los militantes comunistas en un momento determinado (*partido formal*) y el partido en su acepción histórica (*partido histórico*) como una lucha necesaria por colocar al partido formal sobre la línea del histórico, es decir, tal y como está expuesto en nuestras *Consideraciones sobre la orgánica actividad del partido cuando la situación general es históricamente desfavorable* (1),

«[...]para la victoria será necesario tener un partido que merezca al mismo tiempo la calificación de partido histórico y de partido formal, o sea, que se haya resuelto en la realidad de la acción y de la historia la contradicción aparente — que ha dominado un largo y difícil pasado — entre partido histórico, por tanto, en cuanto al contenido (programa histórico, invariable), y partido contingente, es decir, en cuanto a la forma, que actúa como fuerza y praxis física de una parte decisiva del proletariado en lucha.»

Y, partiendo de aquí, vale decir que todo el esfuerzo de los militantes comunistas que, como tales, únicamente pueden organizarse como partido, consiste en la lucha por la superación de esa *contradicción aparente* entre la teoría y el programa marxista y la propia acción organizada del órgano partido. Y que precisamente la derrota y debacle del movimiento comunista internacional, en las diferentes fases que como la actual han estado caracterizadas por una fortísima reacción burguesa, se caracterizó siempre por una pérdida generalizada (a excepción hecha de pequeños núcleos que puedan resistir sobre las bases correctas) de la coherencia entre partido histórico y partido formal.

Nuestra corriente ha tenido su razón de ser precisamente en la defensa de esta coherencia cuando las fuerzas de la contrarrevolución destruyeron no sólo los partidos comunistas formados sobre la potentísima oleada revolucionaria iniciada en Rusia en 1917 sino también el principal logro de esta oleada revolucionaria, que fue mostrar la absoluta exactitud de las tesis marxistas en lo referido a la propia naturaleza del partido y su relación con la clase, la necesidad de la dictadura proletaria, es decir, restau-

rar la doctrina del comunismo revolucionario sobre sus bases precisas.

Con ello, evidenciando la verdadera naturaleza de *la lucha marxista por el partido*, la Izquierda Comunista de Italia, organizada primero en la Fracción comunista abstencionista del PSI, después en el Partido Comunista de Italia, sección de la Tercera Internacional, y finalmente en el Partido Comunista Internacionalista (Internacional desde 1965), ha defendido y defiende no sólo una posición política acerca de la necesidad de mantener inalterado el vínculo entre las diferentes dimensiones del partido (teórica y programática, política organizativa, táctica...) como consecuencia de la inmutabilidad de la doctrina marxista de la cual se derivan, sino que también ha defendido la misma historia del movimiento comunista contra todas las corrientes que, encabezadas por las fuerzas nacional-comunistas del estalinismo y seguidas por toda la pléyade de innovadores, reformadores e inventores de nuevas teorías, han pretendido siempre que la historia del movimiento sea la de agrupaciones y reagrupaciones de carácter circunstancial, basadas en acuerdos de tipo democrático, siempre susceptibles de ser revisados de acuerdo a las nuevas modas ideológicas.

Hoy han pasado ya más de cien años desde la conformación de la Izquierda Comunista de Italia, cien justos desde que se fundó el Partido Comunista de Italia bajo su mando, casi setenta desde que las fuerzas físicas que sobrevivieron a la reacción asesina del estalinismo se reagruparon en el Partido Comunista Internacionalista y casi cuarenta por lo tanto desde que este implosionó con la crisis de 1982. Para los militantes del partido que continuamos el camino que jalaban estos eventos, la defensa de la concepción dialéctica del partido que hemos expuesto más arriba es, más que nunca, la defensa de la historia de la Izquierda Comunista y del Partido Comunista Internacional, primera línea de batalla sobre la que se ha verificado cuanto se expuso en las tesis históricas de nuestro movimiento, a modo de balance de la derrota sufrida en los años '20 del siglo pasado por el movimiento comunista internacional.

De hecho, es en este trabajo de defensa del patrimonio teórico, político, táctico y organizativo de la Izquierda Comunista a través de los duros reveses que su órgano-partido ha sufrido a lo largo del tiempo, donde reside la verdadera potencia de nuestra corriente, donde se encuentra la fuerza que le permitirá, mañana, en unas condiciones históricas más favorables, desplegarse desde el pequeño núcleo que es hoy hasta conformarse como el partido compacto y potente que deberá ser. Y es por esto que resulta sencillo contrastar este trabajo que noso-

tros llevamos a cabo con la malversación de la tradición de la Izquierda Comunista de Italia que otras corrientes pretenden llevar a cabo y ver, en ese contraste, la distancia que nos separa de ellas.

La última, que sepamos, en la larga serie de intentos de malversación de la historia de la Izquierda Comunista y del Partido Comunista Internacional, la hemos encontrado en la revista nº 65 de *El Comunista Nueva Edición* (2). En ella, en un artículo titulado *Una consigna incorrupta por encima de las generaciones «de los muertos, los vivos y los por nacer»* el grupo que edita esta revista (que como es sabido surgió de una escisión de nuestra sección en España a comienzos de los años '80) nos da su particular visión de su propia historia, recurriendo para ello a una particular interpretación de buena parte de la historia de nuestro partido. Como decíamos más arriba, este tipo de ejercicios de pseudo historia, tienen tanto más valor cuanto que evidencian precisamente las carencias, los límites y los profundísimos errores en que caen sus autores. En este caso, el grupo que edita *El Comunista* (3) intenta relatar la «epopeya» de una serie de ex militantes (precisamente aquellos que protagonizaron la escisión de nuestra corriente) con el objeto de ensalzar su propia trayectoria como grupo. Como podrán comprobar quienes lean su texto, se trata más de un ejercicio lírico, con «titánicas tareas», «saltos de 200 años» y resistencias numantinas contra enemigos que por lo que dicen debían medir *casi dos leguas*, que del balance histórico serio que correspondería a un grupo que se pretende representante de la tradición teórica y política de la Izquierda Comunista de Italia y el Partido Comunista Internacional: nada que pueda sorprender a quien haya seguido aún mínimamente la trayectoria de este grupo, que ha hecho de las invectivas retóricas acerca de la izquierda Comunista y de la absurda e ilegible profusión de citas al más puro estilo universitario sus únicos puntos de contacto con nuestra corriente.

Como saben nuestros lectores, el grupo que edita *El Comunista* formó parte de nuestro partido de ayer hasta 1981, momento en el cual nuestra sección española de entonces sufrió una escisión protagonizada precisamente por aquellos elementos que discrepaban de las posiciones del partido en múltiples ámbitos y que, poco después del inicio de la crisis general de nuestro movimiento en 1982, aprovecharon la situación de confusión para hacerse con el control de la cabecera *El Comunista* que aún editan con la indicación de *nueva edición*.

La amplia crisis que hizo estallar nuestro partido de ayer en los años 1982-1984, ha sido objeto de un profundo balance por parte de los compañeros que, tras ella, dedicaron sus fuerzas a continuar con el que hasta el momento había sido el camino de la Izquierda Comunista (4), pero la *crisis*

(sigue en pág. 16)

El Comunista Nueva edición ...

(viene de la pág. 15)

que se vivió en la sección española y que, como decimos, está en el origen del grupo *El Comunista*, no ha sido tratada hasta ahora en detalle en nuestra prensa: las fuerzas materiales de las que disponemos no nos han permitido el nivel de análisis que haría falta, la falta de documentación, etc. vuelven muy difícil dar una visión tan rigurosa como sería necesario.

Basta decir, para centrar la cuestión de esta «reivindicación de los orígenes» en la que se ha metido *El Comunista*, que los problemas de la sección española a comienzos de la década de 1980 giraban sobre una visión activista del partido que defendían los elementos que finalmente se acabaron separando. Citamos para aclarar este punto, una comunicación interna de 1982 en la que se da cuenta al partido de esta *mini crisis*

«Podemos caracterizar esta crisis como una crisis de activismo. Pero esta calificación, lejos de cerrar el problema, no hace sino plantearlo. No ha sido esta la primera crisis activista en nuestra organización (y con seguridad no será la última). Por eso es preciso ver en qué forma se tradujo. Pero esto no es aún suficiente para los marxistas: tenemos que buscar las raíces materiales que han llevado a un cierto número de compañeros a expresar o a identificarse con estas posiciones [...]

Desde temprano, la actividad de la sección ha sufrido una desviación sindicalista que consistía en subordinar toda la actividad de la sección al trabajo sindical. De esta manera, se llegó a tener, en realidad, un grupo sindical del Partido, pero no una sección del Partido. Los jóvenes camaradas no se integraban en el Partido, para llevar a cabo una labor que debería desarrollarse en torno a los ejes teórico-político (de propaganda y proselitismo externos y de participación en el trabajo interno del Partido), organizativo (de formación y reforzamiento de la organización) y sindical, sino que se integraban de hecho en una actividad sindical que giraba sobre sí misma.

No es de sorprender que esta desviación sindicalista haya marchado al paso de un activismo sindical, de un trabajo sindical desintonizado respecto a las orientaciones que, de acuerdo con todo el trabajo realizado centralmente en estos años, fueron dadas internacionalmente. Este activismo (que tal como dice nuestro texto clásico El falso recurso al activismo lo es sin muchos escrúpulos doctrinales) estaba basado en la doble creencia de que la posibilidad misma de un futuro auge de las luchas sindicales dependía de la voluntad y capacidad del Partido (y de grupos obreros de vanguardia) para organizar y radicalizar de manera más o menos continua y creciente las luchas que nacen continuamente de los antagonismos sociales. Así, de la justa afirmación según la cual el Partido debe dar al movimiento sindical su máxima eficacia, y que sólo el Partido puede mantener históricamente las organizaciones inmediatas en los carriles de la lucha

de clase, se extrajo la afirmación del todo exagerada y anti histórica según la cual el Partido (junto quizá a otras minorías) tendrían que ser algo así como el Deus ex machina del sindicalismo de clase, atribuyendo así al Partido una capacidad que este no tiene ni puede tener. De esta manera, con esta visión deformada, se terminó zambulléndose en todo conflicto laboral y económico como si de él dependiese la marcha hacia delante del asociacionismo obrero; como si cada conflicto fuese la plataforma de lanzamiento de quién sabe qué luchas generales; como si de cada punto de apoyo organizativo conquistado se pudiese partir hacia quién sabe qué extensión del movimiento.

En lugar de ir hacia las luchas sociales y sindicales con una visión realista de las relaciones de fuerzas sociales y de los factores materiales que pesan sobre el renacimiento del asociacionismo obrero e incluso de grandes luchas obreras, con la conciencia clara de qué es lo que el Partido puede esperar hoy de su trabajo sindical y qué puede esperar el trabajo sindical hoy del Partido (es decir, resultados modestos, aunque no menos importante aunque sólo sea para el Partido mismo) se terminó por hacer del grupo local de militantes un grupo supeditado fundamentalmente a la perspectiva de volverse el desencadenante de una especie de «reacción en cadena» social. Como todo activismo (que nunca hemos confundido con actividad, incluso intensísima, en el ámbito sindical) este planteamiento desconocía o desechaba todo análisis materialista de la situación y de las relaciones de fuerza entre las clases y los partidos en presencia, reduciendo todo a «la traición» de los unos y a «la falta de voluntad» de los otros (militantes incluidos) cayendo «en ese practicismo [que] es una deformación del marxismo por querer poner en primer plano el espíritu de decisión y la vivacidad de grupos de dirección de vanguardia» (El falso recurso al activismo) (5)

No sorprende, pues, que este error activista haya ido del brazo con un activismo culturalista simétrico y no menos frenético con nuestros candidatos y simpatizantes. En este terreno no se concebía el trabajo con estos en función de la necesidad de su integración en el trabajo y/o en las filas del Partido (lo que supone esclarecer: a) qué queremos b) cómo pensamos conseguirlo c) quiénes somos y d) de dónde venimos) sino en función de la «formación teórica» en general, transformando así el trabajo de aproximación por al Partido en una frenética ingestión a altas dosis de marxismo, como si se tratase de formar escolásticamente y a alta velocidad a elementos teóricamente capacitados para inyectar en las luchas inmediatas y sindicales. En esta visión no se trataba tanto de ligar a los nuevos militantes o candidatos a una tradición de Partido, que encarna la continuidad histórica del marxismo y del comunismo, sino de formar «marxistas acabados». Así, de la justa afirmación según la cual el Partido expresa la conciencia revolucionaria de la clase, defiende la teoría marxista y debe dar la posibilidad a todo militante de formarse teóricamente, se extrajo la falsa afirmación según la cual la formación teórica del militante debe hacerse antes de entrar en el Partido por medio de una zambullida en los textos generales del marxismo [...] Olvidando que El Partido no se forma en base a la conciencia

individual: no solamente es imposible que cada proletario llegue a la conciencia ni, aún menos, al dominio de la doctrina de clase, sino que esto tampoco es posible para cada militante separado y semejante garantía tampoco puede ser dada por los jefes. Esta garantía no puede residir sino en la orgánica unidad del Partido (6)

Estas desviaciones no podían dejar de ser reivindicadas más o menos abiertamente (cuando no eran minimizadas más o menos «diplomáticamente») en función de las «condiciones nacionales españolas», así como no podían dejar de acentuar la reivindicación (más o menos enunciada francamente, pero sí aplicada prácticamente) de la autonomía del grupo local o de la autonomía personal.

En cuanto aparecieron reacciones contra esta orientación catastrófica en el seno de la sección y en lugar de buscar su superación en el estrechamiento de los lazos políticos con el Partido y en el estudio de las experiencias y tradición colectivas, la historia pasada de la sección le empujó «naturalmente» a los métodos democráticos, a un «parlamentarismo de sección», a los enfrentamientos personales. La intervención central en el sentido de exigir de la sección un trabajo orgánico con miras a esclarecer las bases mismas de nuestra actividad en los planos referidos, suscitó la reacción de ruptura por parte de los ex compañeros, llevando hasta sus últimas consecuencias la reivindicación de autonomismo político y organizativo ínsitos en su trayectoria anterior.

En resumen, dos tendencias claras y convergentes ambas en la negación del partido y de sus funciones como realidad política diferenciada de cualquier otro movimiento existente en la sociedad burguesa. La primera de ellas, el activismo sindical, que niega la función del partido como órgano de combate político que supera los límites del enfrentamiento que se da entre obreros y patronos sobre el terreno de la lucha inmediata en la medida en que hace de este enfrentamiento el origen y el fin mismos del partido. En segundo lugar, la concepción de un partido abstracto, que se desarrolla sobre el terreno de la conciencia de sus militantes y que, por lo tanto, no debe trabajar sobre el terreno que le es propio, la lucha política, sino que existe como simple propagandista de principios. Es visible para todo el mundo como la relación dialéctica que rige la unión entre todas las dimensiones del trabajo del partido (trabajo teórico, político, organizativo, sindical, etc.) se sustituye en esta concepción por una especie de desdoblamiento esquizofrénico entre la actividad puramente sindicalista y un teoricismo alejado de toda lucha política... Algo que, pasados los años, caracteriza aún a *El Comunista*.

A la hora de concretar esta concepción del partido, es muy interesante verla expuesta precisamente en el balance que de su historia hace este grupo. Para comprobarlo, citamos directamente de su texto, saltándonos eso sí la larga profusión de citas más propias de cualquier trabajo académico

que del que corresponde a un grupo que se reclama de la tradición de la Izquierda Comunista:

«En la reavivación de la lucha de las generaciones precedentes, queremos recordar una generación de compañeros que dieron un salto tecnológico de 200 años al emigrar primero del interior de la península ibérica a Madrid y luego a Alemania en los años 60 y 70. Allí conocieron a viejos compañeros italianos de la Sinistra, del Partido Comunista Internacional, una vieja guardia de la que pudieron aprender una consigna incorrupta que desde aquel momento defendieron con uñas y dientes contra cualquier desviación, renovación o actualización de la línea del marxismo y de la Sinistra [...]. Estudiaron el marxismo y los textos de la Izquierda con estos viejos compañeros y llevaron el marxismo al estado español, donde nunca había existido un partido ni corriente verdaderamente marxista, constituyendo una Sección del Partido».

Este tipo de citas, de las cuales es posible extraer unas cuantas más, forman parte de la visión romántica, por lo tanto anti materialista y anti marxista, que este grupo quiere darnos de su pasado. Los grandes hombres, capaces ellos solos de dar «un salto tecnológico de 200 años», deberían haber explicado cómo justifica el marxismo el salto por encima de toda una era social, caracterizada ni más ni menos que por la generalización en amplias áreas del mundo del modo de producción capitalista, la instauración del régimen burgués y el nacimiento de la lucha de clase del proletariado... sobre todo cuando ese salto se logra emigrando a Madrid y a Alemania.

Este tipo de afirmaciones no constituyen una «desviación, renovación o actualización» del marxismo, constituyen su negación categórica a través de una retórica infantil que escamotea la verdadera historia del partido a aquellas «generaciones por venir» a las que dicen referirse.

De la misma manera, la siguiente parte de la información muestra su desconocimiento (normal por otro lado, dado que saltaron 200 años) de la propia historia del movimiento marxista. En España ¿nunca había existido un partido ni corriente verdaderamente marxista? Hacemos un brevísimo resumen de los orígenes y fundamentos del marxismo en España para quien quiera recuperar, al menos, un siglo de los dos que haya perdido:

-1854-1860: Artículos de Marx y Engels sobre los acontecimientos españoles, publicados en el *New York Daily Tribune*, en los que se abarca desde la formación del Estado español a partir de la Guerra de Independencia hasta el comienzo de la «cuestión social» en la insurrección de 1854.

-Desde 1870, en el contexto de la conformación de la sección española de la Iª Internacional, se desarrollan los contactos entre Marx y Engels con diferentes militantes españoles, principalmente Francisco Mora y José

Mesa. A lo largo de la nutrida correspondencia que tiene lugar, puede verse una nítida exposición tanto de las circunstancias políticas y sociales del país como de las posiciones que los marxistas debían defender al respecto.

-1873-1874: trabajo de Paul Lafargue entre los afiliados a la sección española, basado esencialmente en la lucha contra la corriente bakuninista y su política fraccionalista. Formación, llegado el momento, de la *nueva Federación Madrileña* de la Internacional, colocada sobre las posiciones de Marx y Engels.

-1873: publicación en el periódico *Volkstaat* de *Los bakuninistas en acción*, por parte de Engels, una valoración de los acontecimientos insurreccionales promovidos por las corrientes anarquistas y republicanas federales.

-1879: formación del Partido Socialista Obrero Español a cargo de los miembros de la *nueva Federación Madrileña* y con la colaboración atenta de Engels.

Basta esta breve cronología para ver que, por un lado, existe un posicionamiento marxista tanto sobre el terreno teórico como sobre el político acerca de España y este posicionamiento está en la base de la formación de las corrientes marxistas. Por otro lado, estas existieron, pese a ser débiles tanto en los aspectos políticos como en el terreno organizativo, y lo hicieron mediante una colaboración estrecha con Engels. La formación del PSOE, adoleciendo precisamente de esa debilidad política y organizativa, fue un hito del marxismo en España fuese cual fuese su desarrollo posterior. Negar por lo tanto que en España hubiese existido una corriente marxista, es sencillamente un ejemplo de la absoluta incompreensión de la historia que pretenden hacer tiene *El Comunista*. Desde luego que aquellos antiguos compañeros no fueron los primeros marxistas en aparecer, pero sobre todo no fueron capaces de mantenerse sobre la línea que estaba trazada desde al menos cien años antes de su llegada.

«Proletarios de condición, aunque rechazando siempre cualquier planteamiento obrerista, asumieron la titánica tarea de traducir al castellano los materiales y textos fundamentales de la Sinistra al mismo tiempo que nunca abandonaron la trinchera de la lucha en el plano sindical. Distinguiéndose completamente de los «charlatanes de café» y «mariscales sin tropa» que abundan tanto desgraciadamente también entre los que se reclaman de la Sinistra, llevaron siempre a cabo un trabajo duro, diario y cotidiano de intervención en la lucha de clases y de organización, asumiendo que «es tarea del partido, en los períodos desfavorables y de pasividad de la clase proletaria, prever las formas y alentar la aparición de las organizaciones con objetivos económicos para la lucha inmediata.» (Tesis características, 1951).

Este párrafo vale, sin añadir mucho más, como reafirmación de la larga cita que incluimos más arriba para explicar el origen de la escisión que dio lugar a este grupo. Definen dos terrenos de actuación, «la lucha en el plano sindical» y la («titánica») tarea de traducir los materiales de la Izquierda Comunista al castellano. Es decir, una concepción completamente errada del partido. La lucha sindical, siendo como es de vital importancia para la vida del partido - en la medida en que es precisamente en ella donde este puede mostrar ante los proletarios tanto la coherencia de sus posiciones generales y su planteamiento sobre el terreno de la lucha inmediata como el desarrollo de unos medios y métodos de lucha que constituyen las verdaderas armas de la clase proletaria en su enfrentamiento diario con el capital-, no es para él el único terreno decisivo. La acción del partido en el seno de la sociedad burguesa se desarrolla sobre multitud de planos, desde el trabajo teórico hasta el proselitismo de sus posiciones, de la intervención sindical hasta la preparación militar llegado el caso, pero todos ellos convergen en un único punto, verdadera expresión de la naturaleza del partido: el de la preparación de la lucha política que la clase proletaria deberá llevar a cabo contra la burguesía. Este trabajo, que tiene su punto culminante en la preparación insurreccional, la toma del poder y el ejercicio de la dictadura de clase, se desarrolla durante larguísima períodos históricos en un nivel muy inferior al de estos momentos claves, pero no por ello se abandona jamás a riesgo de destruir el propio partido. Este trabajo político, que implica el desarrollo de la influencia entre la clase proletaria de las posiciones del partido, el encuadramiento de los elementos de esta más preparados para asumir una perspectiva general del enfrentamiento entre las clases, etc. no se puede confundir jamás (ni mucho menos sustituir) con el trabajo estrictamente sindical pero tampoco puede eludirse dedicándose simplemente a una tarea de propaganda doctrinal del tipo de la traducción de textos por muy clásicos que estos sean. Pero en ambos errores cayó desde sus inicios el grupo *El Comunista* y en ambos ha venido profundizando cada vez más hasta el día de hoy. El partido no puede ser nunca un centro sindical, por muy desarrollado políticamente que se pretenda y por mucha influencia que así pueda lograr entre determinados sectores proletarios. Es por eso que para los marxistas está completamente excluida la posibilidad de formar sindicatos integrados únicamente por obreros que se adhieran a las posiciones comunistas revolucionarias. Esta es una afirmación general de nuestra corriente que, en principio, ninguno que se reclame de la Izquierda Comunista puede negar. Pero yendo más allá, esta afirmación implica que el partido no crea sindicatos *ex novo*, no *construye* organizaciones sindicales que respon-

(sigue en pág. 18)

El Comunista Nueva edición ...

(viene de la pág. 17)

dan únicamente ante él mismo. Y esto porque el partido tiene como cometido principal la lucha política contra la clase burguesa y contra el resto de corrientes pretendidamente proletarias que tengan influencia entre la clase obrera. Pretender acortar el largo y duro camino (más largo y más duro quizá de lo que muchos compañeros han podido llegar a pensar) de la lucha política en una situación extremadamente desfavorable, con medidas de carácter sindical, buscando acelerar la reanudación de la lucha de clase creando nuevas organizaciones más puras, más clasicistas etc. que las ya existentes, niega precisamente la necesidad de la lucha política sustituyéndola por una concepción sindicalista revolucionaria de la lucha de clase.

El correlato de esta concepción *anti partido* es la creación de una especie de reflejo teorístico que niega igualmente las funciones históricas del partido reduciéndolas a una simple y mecánica repetición de las tesis básicas de nuestro movimiento, pretendiendo con ello que el trabajo de tipo proselitista cumple por sí sólo con todas las necesidades que implica la lucha política.

El Comunista es el ejemplo vivo de ambas desviaciones, que de hecho son complementarias y que nunca suelen presentarse solas. Su percurso sindical a lo largo de estos años, durante los cuales han pasado de afirmar cosas como que el sindicato anarquista *Solidaridad Obrera* era «el sindicato de clase» a formar su propia organización (*Solidaridad y Unidad de los Trabajadores*) da cuenta de ello (7).

Continuando con el texto de *El Comunista*, leemos más adelante lo que parece ser su propio balance político de la situación que derivó con su expulsión de nuestro partido de ayer. Cabe decir que, después de cuarenta años desde que se produjo esta expulsión, este grupo apenas ha dedicado unas líneas a explicarla aunque sólo fuera a sus lectores. Tan sólo en el segundo número de su periódico se leen unas palabras acerca del hecho de que el periódico *El Comunista*...iya no era el órgano del Partido Comunista Internacional, que ellos mismos habían salido de nuestro partido y que como tal -es decir, ya no redactada por miembros del Partido Comunista Internacional- debía leerse su prensa y recibirse sus intervenciones. Más adelante podremos decir dos palabras acerca de esta manera tan burda de negar los términos políticos de la lucha del partido, precisamente en tiempos de crisis y ruptura que es cuando más deben fortalecerse.

«Se enfrentaron al «Nuevo Curso» en el interior del Partido y a las desviaciones tácticas en la cuestión sindical que se introdujeron en 1972 y que prepararon todos los errores tácticos posteriores (*Frente Unido Proletario en 1974, Comité Nacional contra los Despidos de 1978*) que llevaron al desenfreno de los frentes únicos políticomovi-

mentistas: antinucleares, antimilitarismo, nacionalismo palestino, etc. El Partido se encontraba inmerso en esta deriva difundida a través de los altavoces de *El-Oumami, Le Prolétaire, Proletarier, Il Programma Comunista* y la anterior edición de *El Comunista* cuando una parte de los responsables de aquella degeneración decidieron acelerar el paso y trataron de liquidar formalmente al Partido. Otra parte de los responsables de la misma degeneración no estuvieron de acuerdo. Pero la discrepancia entre quienes exigían la liquidación formal del Partido y quienes seguían siéndolos responsables de sus órganos, era sólo sobre el aspecto formal: compartían y habían estado implementando la liquidación de facto de la línea de la Sinistra y del marxismo. Sus posteriores revertas por la posesión y control de *Il Programma Comunista*, no eliminarán este origen común (entre ellos y con los liquidadores) tanto de quienes recuperaron a través de los tribunales burgueses la propiedad de *Il Programma Comunista* como de los que la perdieron y fundaron *Combat primero e Il Comunista después*.

Como puede verse, aquí *El Comunista* hace una más que sucinta crítica a la situación que desembocó en la crisis del Partido de 1982-84. Nos hemos referido ya anteriormente al trabajo que nuestro partido ha hecho de tal crisis y volvemos a remitir a los lectores a este porque este no es el lugar para entrar de nuevo en la cuestión, que requiere siempre una extensión de espacio con la que no contamos aquí (ver nota 4). Vamos únicamente a resumir las posiciones de *El Comunista* al respecto: desde 1972 la actividad sindical del partido se desvía de las posiciones tácticas correctas de la Izquierda Comunista y avanza hacia posiciones frentistas. Toda su prensa (vale decir, todo el partido) es preso de esta práctica errada, pero una parte de los responsables del partido decide romperlo y otra no, sin que medie ninguna diferencia sustancial entre ambas, dado que las dos habían liquidado la línea de la Izquierda Comunista. Sólo el grupo que hoy edita *El Comunista* resiste a esta presión y, por lo tanto, retoma la publicación del periódico y la vida de partido sin más.

Es complicado dar una visión más ridícula no ya de la crisis explosiva del Partido Comunista Internacional, sino de cualquier suceso que quiera interpretarse desde un punto de vista marxista. Explicar la caída de una red organizativa de alcance internacional, levantada sobre los postulados de la Izquierda Comunista de Italia desde 1912, por la voluntad de los responsables de romper el partido y liquidar la izquierda Comunista, implica negar la validez del marxismo como doctrina y como método de trabajo del partido, supone caer en los tópicos más vulgares del individualismo burgués, reducir fenómenos de alcance histórico a luchas de intereses entre camarillas opuestas, etc. Ni una sola palabra (que por otra parte no han dicho jamás) acerca de la naturaleza política de la crisis, de sus consecuencias, de las posiciones erradas que dieron lugar a ella... Es cierto, es imprescindible

recordarlo, que el grupo que hoy edita *El Comunista* fue excluido de nuestro partido de entonces antes de su crisis general y que entonces no enteraron esta crítica al partido, es decir, que han construido esta interpretación a posteriori sin que en su momento intentasen dar una lucha política por posiciones similares, algo que siendo, como se dicen ellos mismos, el único grupo que resistió a la corrupción de las posiciones de la izquierda Comunista, deberían haber hecho. Es normal en un grupo cuya concepción de la vida del partido está determinada por una visión personalista, basada en las inclinaciones individuales de los responsables, etc.

Hemos tomado este párrafo como referencia para evidenciar la concepción netamente anti marxista del partido que defiende *El Comunista* y cómo la evidencia al abordar cuestiones que afectan a la propia vida del partido y a su historia. Pero es necesario, para dar una visión general de hasta dónde llegan en su perversión absoluta de las posiciones de la Izquierda Comunista que dicen defender, continuar la cita:

«Expulsada la Sección española por su oposición a este «Nuevo Curso», se encontró con un aislamiento inicial por la dinámica del centro que preparaba la liquidación impidiendo los contactos entre secciones, aunque rápidamente consiguieron retomar los contactos a nivel internacional con otras secciones que también se habían opuesto a la degeneración del Centro [...]. No han faltado contactos, acercamientos y rupturas en un periodo en general desfavorable en el que «gran parte del proletariado, más que estar aplastado por la burguesía, está controlado por partidos que trabajan al servicio de ésta e impiden al proletariado mismo todo movimiento clasista revolucionario» (Consideraciones sobre la actividad orgánica del partido cuando la situación es históricamente desfavorable, 1965) admitiendo en voz alta que «el partido no puede no sentirse de los caracteres de la situación real que lo circunda.»(ibidem)

Recordamos en este punto que, de acuerdo a ellos mismos, el grupo que publica *El Comunista* era básicamente el último baluarte en defensa de las posiciones de la Izquierda Comunista de Italia contra la degeneración que los responsables del partido de ayer impusieron a este. Y, sin embargo, en el párrafo recién reproducido hablan acerca de cómo retomaron contactos o hicieron otros nuevos tras su expulsión. ¿Fue acaso con otros elementos expulsados en iguales condiciones que ellos? Lo cierto es que no, porque durante un determinado periodo este grupo se unió políticamente al grupo que en Italia publica *Il Programma Comunista* (8) Es decir, que aquella sección que fue expulsada por el *nuevo curso* del partido se reagrupó precisamente con los responsables del partido en Italia que habían encabezado dicho *nuevo curso*. ¿Qué llevó a este giro de 180 grados en sus posiciones? Para

1 ° de mayo de 2021

(viene de la pág. 20)

tener la fuerza de producción humana que el capitalismo crea en todo el mundo.

La unidad proletaria, por tanto, no está debe establecerse por fuerza a través de los vínculos entre un continente y otro, entre un país y otro, sino que puede crearse dentro de un mismo país entre proletarios de diferentes nacionalidades y de diferentes razas. La base de esta unidad, sin embargo, no cambia: está dada por el interés común de todos los proletarios en defender sus condiciones de asalariados de la explotación burguesa, sea de tal o cual empresa, de tal o cual sector, de esta o aquella categoría, de este o aquel país. Pero este interés común no puede constituir una fuerza si no se combate la competencia entre proletarios; sólo superando esta competencia es posible unificar fuerzas, y sólo luchando por los mismos objetivos, por los mismos intereses, es posible crear esa solidaridad de clase que es la verdadera fuerza del prole-

tariado.

En cierto sentido, es el capitalismo mismo, en su desarrollo, y en la lucha entre las clases que objetivamente brota en su sociedad, lo que sienta las bases para el renacimiento del movimiento de clases proletario. Si los proletarios no quieren ser asfixiados por la explotación burguesa, sólo les queda un camino por recorrer: la lucha de clases contra el principal enemigo, la burguesía capitalista, sin olvidar a los enemigos más insidiosos, los profesionales de la colaboración de clases.

Romper, por tanto, el pacto de colaboración con los capitalistas y sus gobernantes es el primer gran objetivo de la lucha de clases proletaria. Y esta ruptura se realiza con la reorganización de los organismos de clase para la lucha por la defensa exclusiva de los intereses de clase inmediatos. A partir de aquí, y del desarrollo de esta lucha, el proletariado tomará conciencia de que sus objetivos no pueden detenerse en intereses inmediatos, sino que deberá superarlos situándose en un plano político general, por tanto revolucionario, también porque la burguesía dominante, para

mantener al proletariado en las condiciones de sumiso esclavo asalariado, utiliza y utilizará su poder político y su estado.

En este largo y atormentado camino de emancipación, el proletariado deberá apoyarse no sólo en su fuerza social, sino también en su **partido de clase** porque constituye y representa la conciencia de clase, la conciencia de los objetivos máximos de la lucha revolucionaria.

¡Por la reorganización clasista de la lucha proletaria!

¡Por las reivindicaciones unificadoras de los proletarios por encima de categorías, sectores, nacionalidad, género o edad!

¡Por la reanudación de la lucha de clases!

¡Por la reconstitución internacional del partido de clase!

Partido Comunista Internacional (El proletario) - 30 de abril de 2021

El Comunista Nueva edición ...

(viene de la pág. 18)

verlo debemos referirnos a otro artículo de su prensa, publicado en el nº 38 de 1.999 y titulado *Comunicado*:

[...] *Entre nosotros no hay nada que negociar, sólo continuar verificando que usamos los mismos pesos y las mismas medidas a la hora de interpretar y de aplicar principios, teoría, programa y táctica, en base al centralismo orgánico como modo de vivir y de operar del organismo partido, sin fecha preestablecida y sin la MÍSTICA que a menudo envuelve las declaraciones de fe.*

Es decir, los enemigos acérrimos de ayer se reúnen hoy y... sencillamente no hay nada que explicar ni justificar. Es la demostración palmaria de una manera de concebir el partido típicamente patrimonial: uniones, separaciones, reunificaciones, nuevas separaciones... se hacen ya no contraviniendo las posiciones históricas de la Izquierda Comunista, que excluyen taxativamente la posibilidad de agrupaciones de este tipo, sino escamoteando cualquier tipo de explicación que, aunque contraviniese esa prohibición, pudiese dar alguna justificación. De acuerdo con *El Comunista*, es posible una reagrupación con aquellos que, para ellos, liquidaron el partido a lo largo de los años '70 y '80 dado que *siempre han usado los mismos pesos y medidas*.

Si recordamos que por entonces los actuales editores de *Il Programma Comunista* habían formalizado su alianza con la antigua sección de Schio (9), tenemos una visión general que conforma una reagrupación de pedazos

suelto del partido de ayer, unidos por un afán de tipo voluntarista, contraviniendo todas las lecciones históricas de nuestra corriente acerca de la *adhesión individual* al partido y negando la necesidad de explicar los motivos de una ruptura que les mantuvo alejados casi dos décadas.

Basta decir, para finalizar este punto, que *El Comunista* ya no pertenece a la misma agrupación que de *Il Programma Comunista* y la sección de Schio. En vano se buscará en su prensa una nota (no digamos ya una explicación) acerca de los motivos de esta nueva ruptura. La consigna que para ellos sí perdura por encima de las generaciones es precisamente la de la negación de las posiciones que históricamente han caracterizado a la Izquierda Comunista.

El largo texto de *El Comunista* continúa más allá de las citas que hemos entresacado con una serie de referencias a textos clásicos del partido que, como siempre, en su boca significan justamente lo contrario de aquello que realmente quieren decir. De la misma manera que la verdadera historia de esta corriente, en sus textos, queda oculta entre las brumas de la falsificación y de una mitología épica del todo alucinada, su trabajo actual, su pretendida vida como partido, tampoco tiene otra referencia que no sea el de vagas alusiones. Esta es su verdadera «comprensión» de la naturaleza del partido y de las tareas que debe asumir. La única promesa que pueden hacerle a los que se han ido y a los que vendrán es que continuarán constituyendo un factor objetivo de confusión en torno a las tesis correctas de la Izquierda Comunista de Italia y del marxismo revolucionario.

NOTAS:

(1) *Consideraciones sobre la orgánica actividad del partido cuando la situación general es históricamente desfavorable, en El Programa Comunista El Programa Comunista nº 45 marzo de 2004.*

(2) Puede consultarse en la web <http://pci.comunista.org/index.php/es/revistas>

(3) Al respecto de este grupo pueden leerse dos artículos en nuestra prensa *¿Por qué el proletario?* (El Proletario nº 1, diciembre de 2012) y *El Comunista y las posiciones falsamente marxistas acerca del «problema catalán»* (El Proletario nº 16, mayo de 2018)

(4) Al respecto puede consultarse *¿Qué significa hacer el balance de la crisis del Partido?* dividido en dos partes y publicado en el nº 41 y el nº 42 de *El Programa Comunista*

(5) *El falso recurso al activismo, El Programa Comunista, nº 33, Enero de 1980.*

(6) *Tesis Características del partido, El Programa Comunista nº 44, mayo de 2001.*

(7) Para hacerse una idea de este percurso, puede leerse (siempre tomándolo con reservas) el artículo que este grupo dedicó a su expulsión de *Solidaridad Obrera*, un ejemplo, aun estando escrito por ellos de la abyección característica del politiquero y el personalismo.

(8) Se trata del grupo, encabezado por Bruno Maffi que, tras la explosión del partido en 1982-84 se hizo con la cabecera histórica de nuestro periódico italiano, recurriendo para ello a los tribunales burgueses y cifrando en esta «recuperación» de la propiedad legal de la prensa todo su balance de la crisis del partido.

(9) Excluida del partido poco antes de la crisis de 1982-84. Actualmente publican el periódico *La Sinistra Comunista Internazionale*

1º de mayo de 2021: ¿qué la lucha para el proletariado?

A las décadas de ilusiones reformistas y democráticas, de políticas colaboracionistas por parte de los sindicatos tricolores y partidos falsamente obreros, se ha sumado una crisis sanitaria por coronavirus que ha fortalecido el sentimiento de resignación que ya trabaja desde hace tiempo para debilitar las energías de luchas proletarias.

La crisis sanitaria, todavía en pleno apogeo, se ha sumado a una crisis económica ya evidente y, como todas las crisis de la sociedad capitalista, ha golpeado sobre todo a las masas proletarias.

Mujeres, jóvenes, trabajadores en la cincuentena, son las categorías proletarias más afectadas y que van a aumentar ese ejército de parados que ya era particularmente sustancial antes del Covid-19.

Ante el desastre económico que se cuantifica en cientos de miles de trabajadores expulsados de sus puestos de trabajo, en cientos de millones de jóvenes que no encuentran trabajo y, cuando lo encuentran, es totalmente precario, y en cientos de millones de trabajadores y jubilados arrojados al pozo de una pobreza cuyo fin no está a la vista; ante este desastre, se ha sumado el desastre de la salud pública: absoluta falta de prevención, hospitales ineficientes, personal hospitalario insuficiente, cuidados intensivos y subintensivos totalmente insuficientes, pacientes abandonados en sus propios hogares, ancianos abandonados para morir en las residencias, la medicina primaria destruida. Los gobiernos llevan más de un año preocupados sobre todo en limitar el daño que esta crisis podría causar a la economía capitalista. Y así los trabajadores fueron enviados a trabajar en ambientes insalubres, sin protección individual y bajo el chantaje de perder sus trabajos o de sufrir un recorte salarial. Aunque asustados por una pandemia que mató a muchos como moscas, muchos proletarios se rebelaron, lucharon por al menos el mínimo de protección individual que las empresas y los gobiernos prometían. Pero la desconfianza en sus propias fuerzas y en los sindicatos era y sigue siendo demasiado grande para devolver a los proletarios la fuerza para hacer frente a un enemigo todavía tan poderoso como la clase burguesa dominante.

La colaboración de clases, perseguida persistentemente por fuerzas oportunistas que se presentan como «defensores» de los intereses de los trabajadores pero que en realidad los sabotean, es una política que se basa precisamente en la debilidad de la clase obrera; una vez inclinada a las necesidades del capital, la clase obrera está envuelta en la red de intere-

ses «en común» con la burguesía, está convencida de que puede obtener algunas migajas más sólo si sacrifica mucha más energía de la que ya ha dado y da a los capitalistas. Los colaboracionistas, verdaderos agentes burgueses en las filas proletarias, tienen de hecho la tarea de hacer trabajar a los proletarios según las necesidades que tienen las empresas con respecto a sus mercados de referencia y, en la medida en que hagan este trabajo sucio de forma continua y con éxito, obtienen a cambio privilegios, tranquilidad, trabajos menos exigentes y menos estresantes. La alta dirección de las empresas alguna vez tuvo que tratar directamente con los trabajadores y sus comisiones o asambleas internas; no les resultó difícil transformar estas en órganos al servicio de la empresa y no de los intereses de los trabajadores. Con la lucha directa los trabajadores se deshicieron de los órganos de representación empresarial y organizaron los comités de base eligiendo delegados de más confianza. Pero el clima social general de una democracia que se percibía como el terreno en el que los conflictos de clases pueden encontrar una solución ventajosa para los trabajadores en realidad fortalece la colaboración de clases no solo en el nivel político general, sino en todos los niveles, hasta en el más básico, entregando incluso los intereses proletarios mínimos y elementales a quienes siempre se han hecho pasar por los campeones de las negociaciones con los patrones y el Estado, pero que, en realidad, están al servicio de los patrones y del Estado burgués. La colaboración de clases no disminuye, ni mucho menos elimina, la competencia entre proletarios; la aumenta, la organiza, la institucionaliza!

Sobre los hombros de todo proletario pesa no sólo la acción diaria de los capitalistas, su estado y todas sus instituciones políticas, administrativas, sociales, culturales y militares, sino también la acción diaria de los profesionales de la colaboración de clases. Y este es verdaderamente un peso enorme y para quitárnoslo de los hombros necesitamos una fuerza social que todavía hoy nos falta: una fuerza social dada por la unidad de clase, por la solidaridad de clase, por la lucha que se libra en el terreno de la defensa exclusiva los de intereses inmediatos.

Los proletarios, con las derrotas de los años veinte del siglo pasado y, sobre todo, con el triunfo de la democracia imperialista a partir de la Segunda Guerra Mundial, han sido colocados en situación de tener que volver a organizarse en sindicatos clasistas como fue en el siglo XIX y el siglo XX. Esta situación puede parecer imposible de superar; después de cien años, ¿cómo es posible conquistar a la burguesía

que entre tanto se ha hecho mucho más fuerte que entonces? Hoy la burguesía imperialista parece invencible y este es el principal argumento de los colaboracionistas.

Incuestionablemente el capitalismo se ha desarrollado en el mundo, incuestionablemente las burguesías se han vuelto mucho más fuertes y dominantes de lo que eran hace cien años. Pero deben esta fuerza a la explotación de la mano de obra asalariada, sin la cual el capital no sería valorado, sin la cual los capitalistas no podrían extorsionar la plusvalía del trabajo de los trabajadores. Los obreros son indispensables para los capitalistas, y son tan indispensables que todo el desarrollo capitalista en todo el mundo no ha podido realizarse sino constituyendo ejércitos cada vez más numerosos de proletarios, de trabajadores asalariados en todos los rincones del paísmundo allí donde una vez fueron sólo campesinos y gente primitiva.

Hoy más que ayer el lema comunista: ¡ **Proletarios de todos los países, uníos!** asusta a los ministerios de todo el mundo, porque este enorme ejército de esclavos asalariados, tomando conciencia de su fuerza y dejándose llevar por su partido de clase, representa la pesadilla de toda burguesía.

Las crisis económicas, las crisis de guerra que salpican todos los continentes están destinadas a provocar continuamente la ira y la lucha de los proletarios y las poblaciones oprimidas. Millones de migrantes, tratando de escapar de las consecuencias de estas crisis, llegan a presionar en las fronteras de los países capitalistas avanzados, y tratan de sobrevivir en los pliegues de una sociedad opulenta que en parte los rechaza y margina y en parte los absorbe porque constituyen una fuerza de trabajo más barata y útil para aumentar la competencia con los proletarios locales.

Pero son proletarios que llevan consigo los signos físicos y psicológicos de la violencia más espantosa que ha generado el propio imperialismo blanco y contra la que han reaccionado huyendo, pasando por todos los peligros para llegar a un país donde al menos no existen esas violencias. Las fronteras de Estados Unidos y Europa no han terminado de cruzarse, a pesar de las barreras y guardias armados en su defensa. Así como los medios de producción capitalistas no se han detenido y ninguna frontera los detiene, tampoco ninguna frontera puede de-

(sigue en pág. 19)

Para leer todas las tomas de posición del partido visita nuestro sitio:

www.pcint.org